

Roderick Hudson

grandesclásicos

Henry James

Roderick Hudson

Traducción de Pedro Calatayud

Con un raro prefacio del propio autor

Primera edición: abril de 2006

Título original: *A Sentimental Journey through France and Italy*

© de la traducción y del postfacio, Max Lacruz Bassols, 2006

© de la ilustración interior, Aifos Álvarez, 2006

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2006
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 84-96601-06-4

Dep. Legal: M-11930-2006

Coordinación editorial y diseño: Enrique Redel

Motivo de la cubierta: Adrian Ludwig Richter.
Das Gemälde Überfahrt am Schreckenstein, 1837

Impresión: Eurocolor
Producción gráfica: Procograf

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

I

Roland Mallet efectuó sus preparativos para zarpar hacia Europa el uno de septiembre, pero como entretanto disponía de un par de semanas libres, resolvió pasarlas con su prima Cecilia, viuda de un sobrino de su padre. Así lo decidió tras pensar que una despedida afectuosa podría contribuir a eximirlo de la acusación de abandono, la acusación favorita de dicha dama. No es que ella le disgustara al joven, al contrario. Le profesaba una tierna admiración, y no había olvidado la aparente congoja que sintió cuando su primo la trajo a casa tras la boda; fue como el súbito latigazo de una rama vacía de la que ha sido arrancada la fruta dorada. En ese mismo instante aceptó la perspectiva de su propia soltería. Tal como se verá —pues esto forma parte del entretenimiento que mostrará esta narración—, la verdad es que Rowland Mallet tenía una conciencia sensible hasta la incomodidad y, a pesar de parecer una paradoja, la razón principal de que escaseasen sus visitas a Cecilia se debía sobre todo a su persona y a sus desventuras. Sus desventuras eran tres: en primer lugar, haber perdido a su marido; en segundo lugar, haber perdido su dinero, o la

mayor parte de él; y en tercer lugar, vivir en Northampton, estado de Massachusetts. En realidad, la compasión de Mallet no se justificaba en absoluto, porque Cecilia era una mujer muy inteligente y sabía enfrentarse con habilidad a la adversidad. Había conseguido tener una casa encantadora, no sufría demasiadas estrecheces económicas y siempre había como un alegre aleteo entre los pliegues de su falda. Era el conocimiento de todo esto lo que desconcertaba a Mallet cada vez que sentía tentaciones de intervenir. Él tenía tiempo y dinero, pero nunca supo cómo poner con elegancia todos esos dones a disposición de Cecilia. Ya no sentía en absoluto deseos de casarse con ella; tal capricho había perecido de muerte natural durante aquellos ocho años. Con todo, la profunda inteligencia de Cecilia parecía en cierto modo dificultar cualquier intento de caridad y hacía imposible el menor paternalismo. Él se hubiera dejado cortar la mano antes que ofrecerle un cheque, un mueble funcional o un vestido negro de seda; y, sin embargo, le daba lástima ver a una mujer tan brillante y orgullosa llevar una vida hasta tal punto mezquina y gris. Cecilia tenía además propensión al sarcasmo, y su sonrisa, que era su mayor encanto, nunca era tan atractivo como cuando su discurso jovial escondía alguna pulla. Rowland recordaba que Cecilia era todo sonrisas frente a él, y sospechaba con incomodidad que no ayudaba mucho a que ella pudiera desplegar su sentido de la ironía. Así era, pues con sus recursos, su tiempo libre y sus oportunidades, ¿qué había hecho él? Albergaba una clara sospecha de su propia inutilidad. Cecilia, mientras tanto, confeccionaba sus propios vestidos y le daba personalmente a su hijita una educación digna de una princesa.

Esta vez, sin embargo, Rowland se presentó con mayor confianza en sí mismo, pues en lo que a la actividad se refería, se confirmaba al menos su viaje a Europa, y tenía la intención de pasar el invierno en Roma. Cecilia lo recibió poco antes del anochecer

frente a la cancela de su pequeño jardín, entre una estudiada combinación de aromas florales. Una sonrosada viuda de veintiocho años, medio prima, medio anfitriona, haciendo los honores en una fragante villa en plena tarde veraniega era una circunstancia que la imaginación del joven no podía dejar de apreciar. Cecilia siempre se mostraba cordial, pero aquella vez estaba especialmente exultante. Parecía muy alegre y Mallet imaginó que debía existir una razón íntima, una razón bien distinta del placer que le producía la visita de su distinguido pariente; se congratuló al día siguiente de poder averiguar la razón de todo aquello.

Por el momento y después del té, mientras se sentaban en el porche cubierto de rosas y Rowland sujetaba a la hijita de su prima entre las rodillas y ésta, aprovechándose de la situación, aguardaba con pena a que el reloj señalara la hora de acostarse, Cecilia insistió en hablar más de su visitante que de sí misma.

—¿Y qué piensas hacer en Europa? —preguntó con suavidad, haciendo un doblez en el volante de la manga, un gesto que para Mallet no hacía sino poner de relieve todas las dificultades escondidas en la pregunta.

—Bueno, más o menos lo mismo que aquí —respondió él—. ¡Nada malo!

—¿Es cierto —preguntó Cecilia— que aquí no haces nada malo? ¿Acaso un hombre como tú no hace algo malo cuando no está haciendo algo bueno?

—Tu cumplido es bastante ambiguo —dijo él.

—No lo es —respondió ella—. Ya sabes lo que pienso de ti. Tienes una disposición especial para la beneficencia. Es algo que, en primer lugar, forma parte de tu carácter. Eres una persona muy bien dispuesta. Pregúntale a Bessie si no la abrazas mejor y de manera más agradable que cualquier otro de sus admiradores.

—Me abraza mejor que el señor Hudson —declaró Bessie rotundamente.

Rowland, como no conocía al señor Hudson, pudo apreciar tan sólo a medias el elogio, y Cecilia continuó con su idea:

—Tus circunstancias, en segundo lugar, propician algo relacionado con la utilidad social. Eres inteligente y estás bien informado, y tu benevolencia, si puedo llamarla así, es muy perspicaz. Eres rico y estás ocioso, por lo que puedes prodigarte. Por eso digo que eres un hombre que debe aspirar a metas mayores. Muévete, querido Rowland, o acabaremos pensando que la virtud por sí misma es un mal ejemplo.

—¡No quiera Dios —exclamó Rowland— que sea yo quien dé ejemplos de virtud! Sin embargo, estoy bastante dispuesto a seguirlos, y si no he alcanzado mayores metas es porque mi talento es, en general, de carácter imitativo, y no he encontrado últimamente ningún modelo notorio de grandeza espiritual. ¿Qué debería hacer, pues? ¿Fundar un orfanato o construir una residencia de estudiantes para la Universidad de Harvard? No soy lo bastante rico para hacer ninguna de ambas cosas a lo grande, tal como se merecen, y confieso que me siento todavía y de momento demasiado joven para dar la campanada. Estoy preparado, eso sí, para recibir la inspiración. Y si ésta me llega a los cuarenta habrá sido cien veces lamentable el haber agotado mi billetero a los treinta.

—Bueno, entonces te doy de plazo hasta los cuarenta —dijo Cecilia—. Era sólo un comentario para quien quiera atenderlo, un aviso de que no se espera que vivas tu vida sin haber hecho algo noble en pro de tus semejantes.

Sonaron las nueve en el reloj, y con cada nueva campanada Bessie buscaba estrechar más el abrazo. Pero una sola palabra cariñosa de su madre deshizo sus sucesivos arrebujamientos. Se giró y besó a su

primo, depositando una irreprimible lágrima en su bigote. Se acercó entonces hacia su madre y le rezó las oraciones; resultaba evidente que había sido educada de manera admirable. Rowland, con el permiso de la anfitriona, encendió un puro y fumó durante un rato en silencio. El interés de Cecilia por su futuro parecía agradaarle mucho. No pretendo en absoluto afirmar que Mallet no tuviera vanidad, pero habiendo precedentes en los que aceptó con apenas menos deferencia consejos mucho más perentorios que los de esta dama, cabía preguntarse qué había sido de su vanidad. Ahora, rodeado de un agradable aroma y a la luz de las estrellas, se dejaba llevar suavemente por el engreimiento. Tenía un proyecto relacionado con su viaje al extranjero y estaba a punto de comunicárselo a ella. No tenía nada que ver con hospitales o residencias de estudiantes y, con todo, habría sonado muy generoso. Pero no fue éste el motivo por el que pobre Mallet dejó que se desvaneciera entre el humo de su puro. A pesar de lo útil que pudiera llegar a ser, expresaba de manera demasiado imperfecta el concepto que el propio joven tenía de la utilidad. Él sentía una gran afición hacia todas las artes y disfrutaba con la pintura de manera casi apasionada. Había visto mucha pintura y la había juzgado con discernimiento. Se le ocurrió tiempo atrás que sería labor para un buen ciudadano el viajar al extranjero y adquirir con toda rapidez y discreción algunas muestras valiosas de las escuelas holandesa e italiana, respecto de las cuales hubiera recibido proposiciones en privado, y ofrecer entonces —así, sin más—, sus tesoros a una ciudad de los Estados Unidos que no careciera de fama artística, pero en la que entonces hubiera una aspiración insatisfecha a disponer de un museo de arte. En su imaginación se había visto, más de una vez, en el viejo salón mohoso de un palacio florentino, orientando hacia las profundas jambas de una ventana algún Ghirlandaio o Botticelli apenas deslustrado mientras un anfitrión empobrecido señalaba el hermoso dibujo con una mano.

Pero no comunicó ninguna de estas visiones a Cecilia, y las descartó de golpe al declarar que él era por supuesto un ser inútil y holgazán, y que probablemente lo sería aún más en Europa que en su país.

—La única diferencia —dijo—, es que allí *parecerá* que estoy haciendo algo. Estaré más entretenido y por ello, supongo, de mejor humor. Podrías decirme que ése es precisamente el humor que un hombre inútil debiera evitar; que debería cultivar el descontento. Hice una buena cantidad de cosas en mi anterior viaje a Europa, pero no pasé un invierno en Roma. Todo el mundo me ha asegurado que es un disfrute particularmente refinado; debes de haber observado el éxtasis casi mojigato con el que aquellos que lo han vivido hablan sobre ello. Sólo es evidentemente una especie de holgazanería con pretensiones: una vida pasiva allí, gracias al número y a la calidad de las impresiones que uno recibe, adquiere una respetable apariencia de actividad. Sigues siendo un indolente lotófago, sólo que al sentarte a la mesa, te sirven los lotos en porcelana rococó. Todo eso está muy bien, pero tengo una teoría clara al respecto, y es ésta: si la vida romana no contribuye de manera sustancial a hacerte sentir más feliz, es más que probable entonces que sirva para desquiciarte o trastornarte. Me parece imprudente que un alma sensible cultive de manera deliberada su sensibilidad paseando demasiado a menudo entre las ruinas del monte Palatino o montando a caballo a la sombra de unos acueductos que se desmoronan. Tales pasatiempos hacen tensar la fibra sensible que, el resto de la vida, y para preservar el nervio estético, debe jugar con él con un toque tan delicado como el que exhibía Mignon* al bailar la danza de los huevos.

* Mignon: una bailarina en *Wilhelm Meister* (1821), de Goethe, que ejecuta, con los ojos vendados, una complicada danza entre unos huevos colocados sobre una alfombra.

—¡Yo hubiera dicho, mi querido Rowland, reconociendo tu elocuencia —dijo Cecilia riéndose—, que tienes el nervio firme y que no romperías los huevos en el baile de Mignon!

—¿Quieres decir que siendo estúpido podría ser feliz? ¡Caramba, no soy tan feliz! Soy lo bastante inteligente para querer más de lo que tengo. Estoy cansado de mí mismo, de mis propios pensamientos, de mis propios asuntos, de mi eterna compañía. La verdadera felicidad, según nos dicen, consiste en salir de uno mismo. Pero la cuestión no es tan sólo salir, sino mantenerte fuera, y para poder mantenerte fuera debes tener alguna misión absorbente. Por desgracia, yo no tengo una misión, y nadie me confiará ninguna. Quiero cuidar de algo o de alguien. Y quiero hacerlo, ¿no te das cuenta?, con una cierto brío. Incluso, si puedes creerlo, con cierta pasión. Ahora mismo no puedo mostrar brío ni apasionamiento hacia un hospital o una residencia de estudiantes. ¿Sabes que a veces pienso que soy un hombre de un talento a medio terminar? El talento se ha quedado afuera, la capacidad de expresión es defectuosa; pero la necesidad de expresión permanece allí, y me paso los días buscando a tientas el pasador de una puerta cerrada.

—¡Qué ingente cantidad de palabras —dijo Cecilia tras una pausa— para decir que quieres enamorarte! No dudo de que para eso tienes un talento tan bueno como el de cualquiera, si tan sólo confiaras un poco más en ello.

—Por supuesto que lo he pensado, y te aseguro que estoy preparado. Pero evidentemente no me siento a punto de arder. ¿Habita por casualidad en Northampton algún perfecto arquetipo de las Gracias?

—¿De las Gracias? —dijo Cecilia, arqueando las cejas y eliminando la conciencia bien clara de ser ella misma una perfecta personificación de varias de ellas—. Las virtudes domésticas, en

todo su rigor, están muy bien representadas. Hay algunas jóvenes excelentes, y hay dos o tres chicas muy hermosas. Las traeré a tomar el té, una por una, si tú quieres.

—Eso concretamente debería gustarme; sobre todo porque te daría la oportunidad de ver, por la profundidad de mis atenciones, que si no soy feliz no es por voluntad de sufrir.

Cecilia guardó silencio brevemente, y luego volvió a hablar:

—En general, no creo que sirva de nada crearte expectativas al respecto. Has visto ejemplos tan buenos como los que podemos mostrarte.

—¿Estás muy, muy segura? —preguntó el joven, alzando y arrojando la colilla de su puro—.

—¡Caramba! —alzó la voz Cecilia—. ¡Podría parecer que quiero guardarte para mí! Por supuesto que estoy muy, muy segura. Pero, como castigo a tus insinuaciones, invitaré a la doncella menos agraciada y más aburrida que se pueda encontrar. ¡De ésas tenemos un buen surtido!, y te dejaré a solas con ella.

Rowland sonrió.

—Incluso ante ella —dijo él—, lamentaría no llegar a nada hasta que le hubiera prestado mi más respetuosa atención.

Esta pequeña profesión del ideal caballeresco (que dio fin a la conversación) no sonaba tan extravagante en sus labios como lo hubiera hecho en los de cualquier otro hombre, como una rápida ojeada a sus antecedentes ayudará a entender al lector. En su vida se habían producido muchas cosas en que lo duro se mezclaba con lo agradable. Provenía de una rígida familia puritana y había sido educado para prestar mucha más atención a los deberes de nuestra peregrinación terrenal que a sus privilegios y placeres. Sus progenitores se habían sometido, en materia de dogmas teológicos, a influencias más relajadas de tiempos más recientes; pero si la con-

ciencia juvenil de Rowland no se sentía aterrorizada ante la amenaza de prolongados castigos por pequeñas transgresiones, al menos podía sentir que, entre todas las cosas, corría una veta de bien y de mal tan diferente en su complejidad como la textura, en un sentido espiritual, de los domingos y de los días de entre semana. Su padre, digno brote del primigenio tronco puritano, había sido un hombre de sonrisa gélida y semblante pétreo. Siempre había ofrecido a su hijo, en principio, más ceños fruncidos que sonrisas, y si el muchacho no se había quedado petrificado era porque la Naturaleza lo había bendecido por dentro con una fuente de aguas vivificadoras. La señora Mallet había sido antes la señorita Rowland, hija de un capitán de navío retirado que llegó a ser conocido entre las tripulaciones de los barcos que zarpaban desde Salem o Newburyport. Había traído a puerto numerosos cargamentos, que remataron el edificio de una fortuna ya casi descomunal, pero también había emprendido con sagacidad alguna pequeña actividad comercial por su cuenta y se encontraba en condiciones de retirarse, de manera prematura para alguien con tanta capacidad marinera, gracias a una pensión que él mismo se había procurado. Durante un año fue visto en los embarcaderos de Salem, fumando el mejor de los tabacos y contemplando el horizonte marino de forma tan inveterada que algunas mentes superficiales lo interpretaron como un signo de arrepentimiento. Una tarde, finalmente, desapareció en el mar como a menudo había hecho antes. Esta vez, sin embargo, no como oficial encargado de la navegación sino como simple aficionado a un cambio crucial que, probablemente, se revelaría opresivo para el oficial al mando del barco. Cinco meses más tarde su hogar lo volvía a recibir al tiempo que conocía a una bella y pálida joven, de curvas redundantes, que hablaba una lengua extranjera. La lengua extranjera, después de muchas investigaciones contradictorias, resultó ser el idioma de

Ámsterdam; y la joven, aún una extraña, la esposa del capitán Rowland. Cuál era la razón por la que de una manera tan repentina había cruzado el mar para casarse con ella, qué había sucedido entre ellos antes y el saber (aunque era de una corrección cuestionable para un buen ciudadano desposar a una joven de misterioso origen que se peinaba el pelo formando unas trenzas increíblemente elaboradas, y cuya figura disfrutaba de un predominio tan llamativo en su aspecto) si no hubiera tenido una pesada carga sobre su conciencia si hubiera seguido siendo un irresponsable soltero eran todas ellas preguntas, junto a muchas otras, que albergaban varios grados de urgencia y que fueron muchas veces planteadas pero escasamente respondidas, y esta historia no necesita cargar con el peso de resolverlas. La señora Rowland, aun siendo una mujer tan hermosa, demostró ser una vecina apacible y una excelente ama de casa. No obstante, su aspecto extremadamente lozano aparecía siempre envuelto en un aire de apática añoranza, e interpretó su papel en la sociedad americana sobre todo manteniendo los pequeños recuadros de ladrillo en el pavimento frente a su morada bien fregados y pulidos, guardando el mayor parecido posible con las baldosas holandesas. Rowland Mallet recordaba haberla visto de niño: una dama inmensamente robusta de rostro blanco, que lucía una cofia alta de rígido tul, que hablaba inglés con un tremendo acento y sufría de hidropesía. El capitán Rowland era un hombre pequeño, bronceado y arrugado, de opiniones excéntricas. Abogó por la creación de un paseo público junto al mar, con pérgolas y pequeñas mesas de color verde donde tomar cerveza, y una plataforma para el baile, rodeada de linternas chinas. Deseó sobre todo que la biblioteca municipal abriera los domingos, aunque dado que él nunca la visitó entre semana, resultaba fácil ridiculizar dicha propuesta. Por lo tanto, si la señora Mallet era una mujer de un exquisito talante

moral no era porque hubiera heredado su carácter de unos antepasados con inclinación a la casuística. En el momento de su matrimonio, Jonas Mallet dirigía con silenciosa sagacidad un pequeño negocio poco prometedor. Tanto su sagacidad como su silencio aumentaron con los años, y al final de su vida era un caballero extremadamente bien vestido y peinado, con una gélida mirada gris, que no le decía gran cosa a nadie, pero de quien todo el mundo decía que tenía una muy considerable fortuna. No era un padre sentimental, y la aparición en la vida de Rowland de la dureza a la que ya me he referido, data de su temprana niñez. Siempre que miraba a su hijo, el señor Mallet sentía un remordimiento extremo por haber hecho fortuna. Recordaba que la fruta no había caído madura del árbol en su boca, y decidió que no sería por él si el lujo corrompía al chico. Por consiguiente, Rowland, con excepción de una buena cantidad de costosas clases de lenguas extranjeras y ciencias abstrusas, recibió la educación del hijo de un hombre pobre. Su alimentación era sencilla, a su carácter le resultaba familiar la disciplina de los pantalones remendados, y sus hábitos estaban marcados por una exagerada simplicidad que en realidad se mantenía a un alto coste. Se le desterró en el campo durante meses enteros, en medio de criados que tenían órdenes estrictas de cuidar que no sufriera ningún daño grave, pero que tenían estrictamente prohibido servirle. Dado que no se pudo encontrar ningún colegio cuyas normas fueran lo bastante estrictas, fue educado en casa por un profesor que había pedido unos elevados honorarios (elevados a juicio de Jonas Mallet) sobre la base de que iba a ilustrar sobre la belleza de la abstinencia no solamente de palabra, sino también con los hechos. Rowland pasaba por ser un chico normal y, ciertamente, durante sus años más mozos, fue una excelente imitación del chico (como la mayoría de ellos) que no ha heredado nada en absoluto para hacer

que su presencia sobre la Tierra brille desde lejos. Era pasivo, acomodaticio, sincero, de lo más moroso con sus libros y desmesuradamente aficionado a la pesca de truchas. Su cabello, un recuerdo de su ascendencia holandesa, tenía el más rubio de los tonos del amarillo; su piel era absurdamente sonrosada y la medida de su cintura era, cuando tenía unos diez años, inquietantemente grande. Ello, sin embargo, no fue más que una etapa en su crecimiento. Más tarde se convirtió en un hombre de aspecto lozano y barbado, y nunca se le achacó mayor inconveniente que el de una varonil corpulencia. Emergió de la infancia como un muchacho sencillo, saludable y de ojos redondos, sin sospechar que podría haberse tomado un camino menos tortuoso para hacerle feliz, pero con la vaga sensación de que su experiencia juvenil no era un adecuado ejemplo de libertad humana y de que iba a realizar muchos y grandes descubrimientos. Hacia los quince años de edad realizó uno de trascendental importancia. Decidió que su madre era una santa. Ella siempre había sido una presencia muy notoria en su vida, pero de una amabilidad tan intensa que él solo fue plenamente consciente de ello ante el peligro de perderla. Sufrió una enfermedad que durante muchos meses amenazó con llevársela de este mundo, y en el transcurso de su larga convalecencia se quitó la máscara que durante años se había colocado por orden de su marido. Rowland pasó los días a su lado y pronto se sintió como si hubiera hecho un nuevo amigo. Todas sus impresiones de este período iban a ser comentadas e interpretadas despreocupadamente en el futuro, y fue solo entonces cuando entendió hasta qué punto su madre había sido durante quince largos años una mujer profundamente infeliz, y su matrimonio un error irreparable al que durante toda su vida había tratado de mirar a la cara. No había encontrado nada que oponer a la rígida y coherente voluntad de su marido, excepto la apariencia de una ab-

solita conformidad; su coraje se había hundido, y durante un tiempo vivió en una especie de letargo espiritual. Pero al fin, mientras su niño dejaba atrás la infancia, había comenzado a encontrar cierto encanto en la paciencia, en descubrir la utilidad de la inventiva y en aprender que de una manera u otra, uno siempre puede arreglar su vida. Desde entonces en adelante había cultivado una pequeña parcela de sentimientos independientes, y de este recinto privado le había dado las llaves a su hijo antes de morir. La asignación de Rowland en la universidad apenas alcanzaba para mantenerle decentemente, y aunque a pesar de ello consiguió el título, fue mandado a la contaduría de su padre para realizar labores monótonas a cambio de un estipendio acorde. Durante tres años se ganó la vida con la misma regularidad que el oscuro empleado vestido de franela que barría el local. El señor Mallet era constante, pero el alcance de su constancia sólo se conoció a su muerte. No dejó sino un tercio de sus bienes a su hijo, legando el resto a varias instituciones públicas y asociaciones caritativas locales. El tercio de Rowland era suficiente para vivir con mucha comodidad, y nunca sintió ni por asomo envidia de los otros herederos; pero cuando una de las instituciones que había resultado más beneficiada por el testamento de su padre se acordó de declarar la existencia de un documento posterior en el que había sido dotada aún más generosamente, el joven sintió una repentina y apasionada necesidad de rechazar la demanda judicialmente. Fue una dura contienda, pero hizo prevalecer sus derechos, e inmediatamente después hizo donación a otras entidades de la suma en disputa. No le importaba el dinero, pero había sentido el vivo deseo de protestar contra un destino que parecía determinado tan sólo en serle salutífero. Le pareció que bien podría soportar unos pocos caprichos. Y aun así se regaló muy pocos lujos y se sometió sin reservas a la gran disciplina nacional que comenzó en 1861.

Cuando estalló la Guerra de Secesión, le fue inmediatamente concedido el grado de oficial, cumpliendo tras ello sus obligaciones durante los tres primeros largos años, a base de mucho apretar los dientes. Sus obligaciones resultaron ser modestas en su mayoría, aunque siempre conservó una clara satisfacción íntima al recordar que, en dos o tres ocasiones, se había comportado, si no gloriosamente, sí al menos con notable decoro. Se había desvinculado por propia iniciativa de los negocios, y tras la guerra sintió una profunda aversión por recomponer de nuevo sus duros y rotos hilos. No sentía ningún deseo de hacer dinero, ya tenía bastante; y aunque sabía, y le recordaban con frecuencia, que lo mejor para un joven es una ocupación fija, no alcanzaba a percibir las ventajas que para su alma supondría dirigir un negocio lucrativo. Con todo, pocos jóvenes con recursos y tiempo libre hicieron nunca tan poco alarde de ociosidad, y, de hecho, difícilmente podía acusarse de ociosidad de ningún tipo a un personaje que afrontaba la vida de la manera consciente, seria y razonable de nuestro amigo. A menudo le parecía a Mallet carecer por completo del principal requisito del experto *flâneur*: la sencilla, sensual y confiada degustación del placer. Sufría frecuentes accesos de melancolía, en los que declaraba no ser carne ni pescado. El suyo no era un carácter irresponsablemente contemplativo ni sólidamente práctico, y siempre buscaba en vano la utilidad en las cosas que proporcionaban satisfacción y el atractivo en las cosas que proporcionaban sustento. Era una difícil mezcla de moral y curiosidad estética, y sin embargo hubiera sido un reformador ineficaz y un artista indiferente. Le parecía que el fulgor de la felicidad debe ser encontrado, o bien en alguna clase de acción plenamente intensa en defensa de un ideal, o bien creando una obra maestra en cualquier campo del arte. Más a menudo, quizá, deseó haber sido un vigoroso joven de talento sin un centavo. Siendo como era, tan solo podía comprar

pinturas y no pintarlas, y en materia de acción se tenía que contentar con formarse un criterio para hacer estricta justicia a las delicadas pinceladas del comportamiento de otros. En general, poseía una modestia incorruptible. Con su aspecto saludable y sus tranquilos ojos grises sentía el roce de la existencia más de lo que se suponía; pero no pedía tolerancia en razón de su temperamento, aceptaba que el destino lo había tratado desmedidamente bien y que no tenía justificación en adoptar una visión maliciosa de la vida, y pasó a pensar que todas las mujeres eran honestas, todos los hombres valientes y el mundo una morada encantadora, hasta que lo contrario se demostrara de manera irrefutable.

El floreciente jardín de Cecilia y su umbroso porche le habían parecido tan acogedores para reposar y fumarse un puro que, a la mañana siguiente, Cecilia le reprochó su indiferencia hacia su pequeño y ordenado salón, que era, en no menor medida y a su manera, un monumento a su ingenioso gusto.

—Y a propósito —añadió mientras él la seguía adentro—, si anoche me negaba a presentarte a una hermosa joven, puedo al menos presentarte a un chico extraordinariamente guapo.

Abrió una ventana y señaló una estatuilla que ocupaba un lugar de honor entre los ornamentos de la habitación. Rowland la miró un momento y después se volvió hacia ella con una exclamación de sorpresa. Ella lo miró un instante, se dio cuenta de que la estatuilla era de notable interés, y sonrió entonces de manera cómplice, como si para ella fuera algo ya conocido.

—¿Quién diantre lo hizo y de qué manera la conseguiste?.

—Ah —dijo Cecilia, regulando la luz—, es una cosita del señor Hudson.

—¿Y quién diablos es el señor Hudson? —preguntó Rowland—. Pero se encontraba absorto; no escuchó la inmediata

respuesta. La estatuilla, en bronce, de algo más de sesenta centímetros de alto, representaba a un joven desnudo bebiendo de una calabaza. La actitud era sencilla por completo. El muchacho se encontraba perfectamente plantado sobre sus pies, con las piernas un poco abiertas; la espalda estaba ligeramente abombada, la cabeza echada hacia atrás; las manos se alzaban para sostener la tosca copa. Portaba una holgada cinta de flores alrededor de la cabeza, y los ojos, por debajo de sus párpados caídos, miraban directamente hacia la copa. En la base aparecía grabada la palabra griega *Δίψα*, «Sed». La figura podría haber sido algún hermoso joven de una antigua fábula (Hilo o Narciso, Paris o Endimión). Su belleza era la belleza del movimiento natural; no se había buscado representar nada más que la perfección de una postura. Había sido estudiado con atención y reproducido con una encantadora veracidad. Rowland pidió más luz, dejó caer la cabeza hacia un lado y el otro, emitió vagas exclamaciones. Se dijo a sí mismo, como se lo había dicho más de una vez con anterioridad en el Louvre y en El Vaticano: «Nosotros, feos mortales, ¡qué hermosas criaturas somos!».

Desde hacía mucho tiempo nada le había causado tal placer.

—Hudson, Hudson —preguntó de nuevo—. ¿Quién puede ser Hudson?

—Un joven de esta misma localidad —dijo Cecilia.

—¿Un joven? ¿Qué edad tiene?

—Supongo que veintitrés o veinticuatro.

—De esta misma localidad, has dicho. ¿De Northampton, Massachusetts?

—Vive aquí, pero su familia es de Virginia.

—¿Es entonces escultor de profesión?

—No, no. Está estudiando Derecho.

Rowland rompió a reír.

—Ha encontrado en Blackstone algo que yo nunca hallé. ¿Entonces hace estatuas como ésta simplemente para su disfrute?

Cecilia, con una sonrisa, meneó ligeramente la cabeza.

—¡Quizá las hace a veces para mí!

—Te felicito —dijo Rowland— por tener un proveedor tan generoso. Me pregunto si se le podría inducir a hacer algo sólo para un hombre.

—¿Para ti? Bueno, eso fue por amistad. Vi la figura cuando la había modelado en barro, y por supuesto me quedé admirada. No dijo nada en aquel momento, pero hace una semana, el día de mi cumpleaños, llegó en una calesa, con el tesoro envuelto en un trozo de manta vieja. Le realizaron el vaciado en la fundición de Chicopee; me parece una hermosa pieza de bronce. Me rogó, de la manera más natural del mundo, que la aceptara.

—¡Caramba! ¡Tiene una espléndida concepción del desnudo! —dicho lo cual, Rowland se dejó caer de nuevo en la contemplación de la estatuilla.

—¿Es entonces, de verdad —dijo Cecilia—, una obra realmente excepcional?

—Vaya, mi querida prima —contestó Rowland—, el señor Hudson de Virginia es un extraordinario... —y se detuvo de repente—. ¿Es muy amigo tuyo? —preguntó.

—¿Muy amigo? —Cecilia dudó—. Lo considero prácticamente un niño.

—¡Bueno —dijo Rowland—, pues es un niño muy precoz! Háblame de él. Me gustaría conocerle.

Cecilia debía asistir a la clase de música de su hija, pero garantizó a Rowland que le concertaría un encuentro con el joven escultor. Era un visitante asiduo, y dado que durante algunos días no lo había hecho, era bastante posible que viniera aquella tarde.

Rowland, una vez solo, examinó la estatuilla a su gusto, y volvió más de una vez durante el día para echarle otra mirada. Descubrió sus puntos débiles, pero la esencia de su encanto era de lo más sutil. Había tomado forma alentado por el genio. Rowland envidió la alegre juventud que en un pueblo de Nueva Inglaterra, sin ayuda ni estímulo, sin modelos ni ejemplos, había encontrado tan fácil producir una obra encantadora.

II

Por la tarde, mientras fumaba un puro en el porche, escuchó unos pasos ligeros y presurosos en el sendero de gravilla del jardín, y un momento después un joven se inclinaba ante Cecilia. Fue un saludo con la cabeza más que una inclinación, lo cual indicaba que se trataba de un amigo íntimo o que conocía poco los modales que imperaban en sociedad. Cecilia, que estaba sentada cerca de los escalones, le señaló con un gesto una silla cercana, pero el joven se sentó bruscamente en el suelo junto a sus pies, comenzó a abanicarse vigorosamente con el sombrero y prorrumpió en una enérgica diatriba contra las altas temperaturas.

—¡Estoy chorreando! —dijo, sin más ceremonia.

—Caminas demasiado rápido —dijo Cecilia—. Todo lo haces demasiado rápido.

—¡Lo sé, lo sé! —gritó él, pasando una mano entre su abundante cabello negro y haciendo resaltar una mata pintoresca—. ¡No puedo ir despacio aunque lo intente! Hay algo dentro de mí que me empuja. ¡Un demonio de agitación!

Cecilia rió suavemente, y Rowland se inclinó hacia adelante en su hamaca. Se había recostado allí a petición de Bessie y estaba jugando a que era su niño y ella lo mecía para dormir. Ella se sentaba a su lado, balanceando la hamaca y cantando una nana. Al incorporarse, lo empujó hacia atrás diciéndole que el niño debía terminar su siesta.

—Pero yo quiero ver al caballero con el demonio dentro —dijo Rowland.

—¿Qué demonio? —preguntó Bessie—. Sólo es el señor Hudson.

—Muy bien, quiero verlo.

—¡Ah, no te preocupes de él! —dijo Bessie, con la concisión propia del desdén.

—Hablas como si él no te gustara.

—¡No me gusta! —afirmó Bessie, acostando de nuevo a Rowland.

La hamaca se balanceaba en un extremo del porche, bajo la más espesa sombra de las parras, y el fragmento de diálogo pasó inadvertido. Rowland se dejó acunar un rato más y se conformó con escuchar la voz del señor Hudson. Era una voz suave y no del todo masculina, de un tono más bien lastimero y malhumorado. El joven parecía contrariado; se quejaba del calor, del polvo, de que le apretaba un zapato, de haber caminado una milla en la otra punta de la ciudad para hacer un recado para que luego la persona a la que buscaba se hubiese marchado de Northampton una hora antes.

—¿No quieres una taza de té? —preguntó Cecilia—. Quizá consiga serenarte.

—¡Sí pero a cambio de tenerme en vela toda la noche! —dijo el señor Hudson—. En el mejor de los casos, ir a la oficina es como

meterse en una bañera de agua helada. Con los nervios de punta debido a una noche sin pegar ojo debería irme a casa a sentarme y a temblar. Eso le encanta a mi madre.

—Espero que tu madre esté bien.

—Mi madre está como siempre.

—¿Y la señorita Garland?

—Como de costumbre también. Todos y todo como de costumbre. Nunca sucede nada en esta ciudad de ignorantes.

—Discúlpame, a veces suceden cosas —dijo Cecilia—. Está con nosotros un primo mío que llega a punto para cantarte las alabanzas de tu pequeño bronce.

Llamó a Rowland para que se acercara y poder así presentarle al señor Hudson. El joven se levantó con presteza y Rowland, adelantándose para estrecharle la mano, lo miró detenidamente bajo la luz que emanaba de la ventana del salón. Algo parecía brillar en el rostro de Hudson, como una advertencia contra vagos «cumplidos» vacíos.

—Tu estatuilla me parece muy buena —dijo Rowland con gravedad—. Me ha proporcionado un enorme placer.

—Y mi primo sabe reconocer lo que es bueno —apuntó Cecilia—. Es un entendido.

Hudson sonrió y le miró fijamente.

—¿Un entendido? —exclamó riendo—. ¡Es el primero que veo! Déjame echarle un vistazo —y acercó a Rowland a la luz—. ¿Tienen todos unos cráneos tan perfectos? Me gustaría modelar el suyo.

—Por favor, hazlo —dijo Cecilia—. Eso lo retendrá durante un tiempo. Está a punto de zarpar para Europa.

—¡Ah, Europa! —exclamó Hudson con melancólica cadencia al tiempo que se sentaban—. ¡Un hombre afortunado!

Pero fue un comentario que a Rowland le pareció carente de intención porque no percibió ningún eco del mismo en la juvenil locuacidad de su conversación posterior. Hudson era un joven alto y esbelto, de rostro particularmente móvil e inteligente. La viveza de sus respuestas fue lo que en un principio llamó la atención de Rowland, aunque pronto percibió su extraordinaria belleza. El tallado y acabado de sus rasgos era admirable, y una sincera sonrisa los adornaba con tanta gracia como una brisa entre las flores. El defecto que afectaba a toda la estructura del joven era una acusada falta de anchura. La frente, si bien alta y redondeada, era estrecha; la mandíbula y los hombros eran estrechos, y todo esto le daba un aire de poca sustancia física. Pero Mallet supo más adelante que este delgado y apuesto joven albergaba una inacabable reserva de fuerza vital capaz de vencer la resistencia de voluntades mucho más fuertes. ¡Ciertamente había vida suficiente en sus ojos para amueblar toda una inmortalidad! Eran unos ojos de un generoso gris oscuro, en los que iba y venía una especie de brillo ígneo que, en un rostro más rudo, hubiera resultado llamativo, y que proporcionaba en ocasiones al armonioso rostro de Hudson una extraordinaria belleza. Para la mirada comprensiva de Rowland había una ligera y conmovedora disparidad entre el delicado rostro del joven escultor y la gastada elegancia de su traje. Su ropa era la apropiada en una visita campestre, para visitar a una mujer hermosa. Vestía del cuello a los pies un traje blanco de lino que no había destacado nunca por la excelencia de su corte y que había perdido ya bastante de la frescura con la que antes lo compensaba. Lucía una corbata de color rojo brillante y un anillo demasiado espléndido para tener algún valor. Al tiempo que se sentaba, se quitó y plegó un par de guantes amarillos de piel de chivo. Enfatizaba su manera de hablar con los movimientos vivos y enérgicos de un bastón ligero

de punta plateada, y no paraba de quitarse y ponerse uno de esos sombreros flexibles que son tradicionales en los virginianos o carolinos de las novelas románticas. Con el sombrero puesto resultaba un tipo muy pintoresco, a pesar de su fingida elegancia; y sin el sombrero, sentado mientras jugaba sin saber qué hacer con él, no se encontraba en absoluto incómodo. Era evidente su gusto natural por los accesorios, y se apropiaba de lo que le venía a la mano. Ello era visible en su modo de hablar, en el que abundaba lo florido y sonoro. Como conversador era un colorista.

Rowland, que no era un conversador demasiado locuaz, permaneció sentado en silencio, mientras Cecilia, que le había dicho que deseaba conocer su opinión sobre el amigo, usaba mucha de su sutileza característica para que el joven les revelara su interior. Su éxito fue completo, y Hudson parloteó durante una hora con una fluidez en la que combinaba peculiarmente la inconsciencia juvenil y la agudeza adulta. Dio su opinión sobre una veintena de asuntos, repasó una interminable colección de cotilleos locales, describió su odiosa rutina en la oficina de los señores Strike y Spooner, jurisconsultos, y relató con gran dicha y deleite la regata anual entre Harvard y Yale que había presenciado en Worcester. Había observado a los esforzados remeros y a la vibrante multitud con el ojo de un escultor. Rowland se entretuvo mucho y mostró bastante interés. Siempre que Hudson incurría en alguna grandilocuencia juvenil especialmente llamativa, Cecilia prorrumpía en una larga y ligera risa familiar.

—¿De qué te estás riendo? —preguntaba entonces el joven—. ¿He dicho algo tan ridículo?

—Continúa, continúa —replicaba Cecilia—. ¡Eres demasiado gracioso! Dile al señor Mallet cómo el señor Striker leyó la Declaración de Independencia el 4 de julio.

Hudson, al igual que muchos hombres dotados para las artes plásticas, era un imitador excelente, y reprodujo con mucha gracia el acento y los gestos de un pomposo abogado rural que llevaba el peso del glorioso episodio en nuestra fiesta nacional. El sonoro ganguero, los movimientos de vaivén, la pronunciación patriótica, fueron reproducidos con mucha vivacidad. Pero las maneras de Cecilia y la rápida respuesta del joven perturbaron un poco la conciencia paternal del pobre Rowland. Se preguntó si su prima no estaría sacrificando la facultad de reverencia en su inteligente protegido a su propia necesidad de diversión. Hudson no dio una cumplida respuesta al elogio de Rowland sobre la estatuilla hasta que se levantó para marcharse. Rowland se preguntó si lo habría olvidado, y supuso que los descuidos eran un signo de la autosuficiencia natural de los genios. Pero Hudson permaneció de pie un momento antes de dar las buenas noches, hizo girar su sombrero y dudó, por primera vez. Dirigió hacia Rowland una mirada clara y penetrante, y entonces, con una sonrisa maravillosamente atractiva y sincera, dijo:

—¿Era verdad —preguntó— lo que dijo hace un rato sobre esa obra mía? ¿Que es buena, fundamentalmente buena?

—Claro que sí —dijo Rowland, posando una mano amable en su hombro—. Es en efecto muy buena. Es, como dices, fundamentalmente buena. Ésa es su belleza.

Los ojos de Hudson brillaron y se agrandaron. Miró a Rowland durante un rato en silencio.

—Creo que en realidad lo sabe —le dijo al fin—. Pero si no es así, no importa demasiado.

—Mi primo me ha preguntado hoy —dijo Cecilia— si yo suponía que sabías lo buena que es.

Hudson miró fijamente, ruborizándose un poco.

—¿Quizá no! —exclamó.

—Es muy probable —dijo Mallet—. El otro día leí en un libro que el gran talento funciona —de hecho, el libro decía «genio»— en una suerte de sonambulismo. El artista crea grandes obras en sueños. No debemos despertarlo para no hacerle perder el equilibrio.

—¡Ya, cuando vuelve a la cama! —respondió Hudson con una carcajada—. Sí, llámelo sueño. ¡Fue un sueño muy feliz!

—Dime una cosa —dijo Rowland—. ¿Querías expresar algo con tu joven bebedor de agua? ¿Representa una idea? ¿Es un símbolo?

Hudson enarcó las cejas y se acarició suavemente el cabello.

—Bueno, él es juventud, ya sabe. Él es inocencia, es salud, es fuerza, es curiosidad. Sí, es un montón de cosas.

—¿Y la copa es también un símbolo?

—La copa es conocimiento, placer, experiencia. ¡Cualquier cosa de ese tipo!

—Pues las está engullendo de verdad —dijo Rowland.

Hudson asintió vigorosamente con la cabeza.

—¡Sí, el pobre está sediento!

Y tras esto dio unas sonoras buenas noches y se alejó dando saltos por el sendero del jardín.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Cecilia, al volver poco después de una visita de investigación para comprobar si Bessie tenía mantas suficientes.

—Confieso que me gusta —dijo Rowland—. Es tosco e inmaduro, pero hay algo en él.

—Es un ser extraño —dijo meditativa Cecilia—.

—¿Quiénes son sus padres? ¿Cuál ha sido su educación? —preguntó Rowland.

—No ha tenido una educación formal, más allá de lo que sin más ha aprendido por su cuenta. Su madre es viuda, de una familia rural de Massachussets, una mujercilla tímida y temblorosa siempre preocupada por su hijo. Tenía algunas propiedades a su nombre cuando se casó con un caballero de Virginia, propietario de tierras y esclavos. Resultó ser, según creo, un horrible libertino que dilapidó su fortuna. Todo, o casi todo, se esfumó, incluido el propio señor Hudson. Ello es literalmente cierto, porque murió tras una borrachera. Hace diez años su mujer enviudó, con escasos recursos y un par de hijos. Pagó las deudas de su marido lo mejor que pudo y vino a establecerse aquí, donde gracias a la muerte de un pariente caritativo había heredado una antigua casa en ruinas. Roderick, nuestro amigo, era su orgullo y alegría; pero Stephen, el hijo mayor, era su consuelo y apoyo. Lo recuerdo algunos años después: era un muchacho robusto, pragmático y de rostro poco atractivo, muy diferente de su hermano y a su manera, imagino, un buen chico. Cuando comenzó la guerra descubrió que la sangre de Nueva Inglaterra corría por sus venas con más fuerza que la de Virginia, y obtuvo inmediatamente un cargo de oficial en el ejército. Cayó en alguna batalla en el frente del oeste y dejó inconsolable a su madre. De todos modos, Roderick le ha dado mucho en qué pensar, y mediante algún arte misterioso ella le ha inducido a entrar en una profesión de la que abomina y para la que está tan dotado como yo para conducir una locomotora. Él creció *à la grâce de Dieu*, terriblemente mimado. Hace tres o cuatro años se graduó en un pequeño instituto de este barrio, donde me temo que prestó muchas más atención a las novelas y al billar que a las matemáticas y al griego. Desde entonces ha estado estudiando leyes a un ritmo de una página por día. Si alguna vez consigue ser admitido en la profesión, me temo que nuestra amistad no será suficiente como para confiarle

mis negocios. Bueno, malo o indiferente, el muchacho es un artista, un artista hasta la punta de los dedos.

—¿Por qué entonces —preguntó Rowland— no se dedica en serio a esculpir?

—Por varias razones. En primer lugar, no creo que sea ni medianamente consciente de su talento. La llama está encendida pero nunca se ve avivada por el aliento crítico. No ve nada, no escucha nada que le ayude a tomar conciencia. Su descontento es absoluto, pero no sabe dónde buscar ayuda. Y luego su madre, como un día ella misma me confesó, siente un profundo horror hacia un oficio que, según supone, consiste exclusivamente en modelar figuras de personas sin ropa. Para ella la escultura es una forma insidiosa de inmoralidad, y considera que para un joven apasionado el Derecho es una actividad mucho más segura. Su padre era juez, tiene dos hermanos abogados y su hijo mayor había comenzado de manera muy prometedora en ese mismo campo. Ella quiere que la tradición se mantenga. Yo estoy bastante segura de que Roderick no hará fortuna como hombre de leyes, y me temo que lo que hagan sea estropear su carácter.

—¿Y qué clase de carácter es?

—Uno en el que se puede confiar, en esencia. Es agudo, pero también generoso. Le he visto encendido de rabia a las diez de la noche, y suave como una canción de cuna a la mañana siguiente. Es un carácter muy divertido de observar. Afortunadamente yo lo puedo observar de una manera desapasionada, porque soy la única persona en este pueblo con la que no se ha peleado.

—¿No tiene entonces amigos? ¿Quién es esa señorita Garland por la que le has preguntado?

—Una joven que vive con ellos, algo así como una prima lejana. Una chica buena y sencilla, pero no el tipo de persona en la que

se deleite el ojo de un escultor. Roderick conserva en buena parte la vieja arrogancia sureña, tiene un temperamento aristocrático. No quiere relacionarse con las gentes de las ciudades pequeñas, dice que son «innobles». No soporta las amistades de su madre, las viejas señoras y los sacerdotes y la gente que acude a tomar el té, le provocan un aburrimiento mortal. Así que viene aquí, se recuesta y despotrica contra todo y contra todos.

El joven burlón volvió a aparecer un par de tardes después y confirmó la impresión agradable que había provocado en Rowland. Estaba de mejor humor que la vez anterior, habló de manera menos extravagante y le hizo a Rowland una serie de preguntas bastante elementales sobre el estado de las artes en Nueva York y Boston. Cuando se marchó, Cecilia dijo que ése había sido el sano efecto del elogio de Rowland hacia su estatuilla. Roderick era sumamente sensible, y el inteligente elogio de Rowland lo había serenado; estaba saboreando el jugoso veredicto de la cultura. Rowland se encaprichó de él, de su encanto personal y de su más que probable genio. Ejercía una atracción indefinible, era algo tierno y divino propio de la inmaculada, exuberante y confiada juventud. Al día siguiente era domingo, y Rowland propuso que dieran un largo paseo y que Roderick le enseñara la región. El joven asintió alegremente, y por la mañana, mientras frente a la cancela del jardín Rowland deseaba a su anfitriona que tuviera un buen paseo hasta la iglesia, él llegó caminando por el herboso margen de la carretera, ahogando con su silbido la música de las campanas. Era uno de esos hermosos días de finales de agosto en que el verano parece hacer de contrapeso en la balanza del otoño.

—Recuerda qué día es hoy, y procura no robar en ningún huerto —dijo Cecilia, mientras se separaban.

Los dos jóvenes caminaron a buen ritmo sobre colinas y va-

lles, a través de bosques y campos, y al final se encontraron en una elevación herbosa cubierta de rocas con musgo y cedros. Justo por debajo de ellos, formando una gran curva brillante, discurría el caudaloso río Connecticut. Se estiraron sobre la hierba y arrojaron piedras al río; hablaron como viejos amigos. Rowland encendió un puro y Roderick rechazó otro con una mueca de extravagante repugnancia. Los consideraba algo asqueroso; no entendía cómo personas decentes podían tolerarlos. Rowland se divertía, y se preguntaba cómo ese lenguaje grosero sonaba perfectamente inofensivo en labios de Roderick. Pertenecía a la raza de los mortales, compadecidos o envidiados, según cómo se vea el asunto, a los que no se les piden cuentas por sus transgresiones. Mirándolo mientras estaba tumbado en la sombra, Rowland le encontró un vago parecido con algún hermoso, ágil e inquieto animal de ojos brillantes, cuyos movimientos no deberían tener ninguna justificación más allá de la trémula delicadeza de su estructura y que parecen gráciles incluso cuando resultan de lo más inconveniente. Rowland observó las sombras del monte Holyoke, escuchó el gorgoteo del río y aspiró el aroma de los pinos. Una suave brisa había comenzado a acariciar las copas y trajo el olor a hierba recién cortada desde los prados poblados de olmos junto al río. Se sentó junto a su compañero y miró a lo lejos la extensa vista. Le pareció hermosa y, de repente, un extraño sentimiento de arrepentimiento lo invadió. Algo parecía decirle que más adelante, en un país extranjero, recordaría aquello con nostalgia y remordimiento.

—Es un asunto lamentable —dijo—, esta virtual disputa nuestra contra nuestro propio país, esta eterna impaciencia por salir de aquí. ¿Es entonces sólo la propia seguridad lo que sale huyendo? Es un día americano, un paisaje americano, y una atmósfera americana. Tiene ciertamente sus méritos, y algún día, cuando su-

fra escalofríos de malaria en la Italia clásica me acusaré a mí mismo por haberlos despreciado.

Roderick se iluminó con un brillo de comprensión, y declaró que América era suficientemente buena para él y que siempre había pensado que era deber de un ciudadano honesto apoyar a su propio país y ayudarlo. Evidentemente no había pensado nada en absoluto sobre el asunto, sólo estaba lanzando tal doctrina por la inspiración del momento. La doctrina se vio ampliada aprovechando la circunstancia y declaró que, por encima de todo, era un defensor del arte norteamericano. No veía por qué no podíamos crear las más grandes obras del mundo. Éramos los más grandes, y deberíamos tener las ideas más grandes. Por supuesto las ideas más grandes traerían con el tiempo los mayores logros. Sólo teníamos que ser fieles a nosotros mismos, ponernos a trabajar con ilusión y sin miedo, arrojar por la borda la Imitación y fijar nuestra mirada en nuestra Individualidad Nacional.

—¡Declaro abierta la carrera de un hombre —gritó—, y veinte opiniones me apoyarán en el acto, de un hombre que quiera ser el típico y original artista americano! ¡Me siento inspirado!

Rowland rompió a reír y le dijo que le gustaba más su práctica que su teoría, y que un impulso más cuerdo que aquél había inspirado su pequeño «Bebedor de agua». Roderick no se ofendió, y tres minutos después hablaba con locuacidad de algún otro asunto menos trascendente, seguido a medias por su compañero, que había vuelto a sumirse en sus meditaciones. Finalmente Rowland ofreció el resultado de tales reflexiones.

—¿Qué te parecería —preguntó de repente— ir a Roma?

Hudson lo miró fijamente, y con una carcajada que envió con rapidez a nuestra Individualidad Nacional hacia la perdición, respondió que le parecería razonablemente bien.

—Y ya puestos, me gustaría —añadió— ir a Atenas, a Constantinopla, a Damasco, a la ciudad santa de Benarés, donde hay una estatua dorada de Brahma de seis metros de altura.

—No —dijo Rowland sobriamente—, si fueras a Roma sería para establecerte allí y trabajar. Atenas te podría ayudar, pero por el momento no te recomendaría Benarés.

—Ya habrá tiempo de arreglar los detalles cuando llene mi baúl —dijo Hudson.

—Si pretendes convertirte en un escultor, cuanto más pronto llenes tu baúl, mejor.

—¡Ya, pero yo soy un hombre práctico! ¿Cuál es la cantidad al año más pequeña con la que se puede mantener vivo el fuego sagrado?

—¿Cuál es la mayor cantidad de que dispones?

Roderick acarició su delgado bigote, lo retorció y anunció entonces con fingida pomposidad:

—¡Trescientos dólares!

—El asunto monetario se podría arreglar —dijo Rowland—. Hay maneras de reunir dinero.

—¡Me gustaría conocer algunas! Todavía no he descubierto una sola.

—Una de ellas consiste —dijo Rowland— en tener un amigo con bastante más dinero del que quiere, y no ser demasiado orgulloso para rechazar una parte de éste.

Roderick lo miró fijamente un momento y se sonrojó.

—¿Quieres decir, quieres decir?... —tartamudeó.

Estaba muy nervioso.

Rowland se levantó, algo ruborizado, y Roderick se puso en pie de un salto.

—En cuatro palabras, si vas a ser escultor deberías ir a Roma

y estudiar a los antiguos. Para ir a Roma necesitas dinero. Yo soy un gran aficionado a la buena escultura, pero desgraciadamente no puedo hacerlas, las tengo que encargar. Te encargo una docena de ellas, para que las esculpas como mejor creas. Como ayuda, te pagaré por adelantado.

Roderick se quitó el sombrero y se presionó la frente sin dejar de mirar fijamente a su compañero.

—¡Tienes fe en mí! —exclamó por fin.

—Déjame explicarte —dijo Rowland—. Tengo fe en ti si estás dispuesto a trabajar y a esperar y a luchar y a ejercitar muchas otras virtudes. Y tengo miedo de decirlo también, temo perturbar-te más que ayudarte. Eres tú el que debe decidir. Yo sólo te ofrezco una oportunidad.

Hudson permaneció de pie durante un rato, sumido en profundas meditaciones.

—No has visto mis demás obras —dijo de repente—. Ven y échales un vistazo.

—¿Ahora?

—Sí, iremos andando hasta mi casa. Y decidiremos el asunto.

Agarró a Rowland por el brazo y volvieron sobre sus pasos. Llegaron a la ciudad y caminaron por una amplia calle a la sombra de majestuosos olmos. Rowland sintió el temblor del brazo de su amigo en el suyo propio. Se detuvieron frente a una gran casa blanca, flanqueada por melancólicos abetos, y atravesaron un pequeño jardín pavimentado con ladrillos cubiertos de musgo y adornado por parterres orlados con altas varillas. La mansión tenía un aire de anticuada dignidad, pero había conocido días mejores y era evidente que albergaba a una familia de limitados recursos. A la señora Hudson, Rowland estaba seguro de ello, sería posible verla en el jardín una mañana, con delantal blanco y un par de viejos

guantes, entretenida en la horticultura. El estudio de Roderick se encontraba detrás, en el sótano; una habitación grande y vacía, con el papel despegándose de las paredes. Éste representaba, a la moda de hace cincuenta años, una serie de pequeños paisajes imaginarios de un dibujo horrible, y el joven escultor había presumiblemente arrancado grandes trozos en momentos de desesperación estética. Sobre un tablero, en un rincón, había un montón de arcilla, y en el suelo, junto a la pared, reposaban una docena de medallones, bustos y figuras en diversos estados de elaboración. Para mostrarlos, Roderick tuvo que colocarlos uno a uno en el extremo de una larga caja de embalar, que hizo las veces de pedestal. Lo hizo en silencio, sin dar ninguna explicación y observándolos él mismo con un extraño aire de acelerada curiosidad. La mayoría de ellos eran retratos, y los tres frente a los que se detuvo más tiempo eran bustos acabados. Uno era una colosal cabeza de un negro echado hacia atrás, desafiante, con los orificios nasales dilatados; otro era el retrato de un joven que Rowland pensó inmediatamente, por el parecido, podría ser su hermano difunto; el último representaba a un caballero de nariz afilada, largo labio superior bien afeitado y un mechón en el extremo de la barbilla. Era éste un rostro peculiarmente inapropiado para ser esculpido, pero la labor de modelado era la mejor, y resultaba admirable. Le hizo recordar a Rowland, por su poco atractiva sinceridad y por su astuta sencillez, las obras del temprano Renacimiento italiano. Sobre el pedestal estaba grabado el nombre: Caballero Barnaby Striker. Rowland recordó que ése era el nombre de la luminaria jurídica de la que su amigo se había propuesto tomar prestado algún rayo; y aunque en el busto no había nada burdo ni satírico, revelaba cómicamente a quien pudiera desentrañarlo el secreto de que los rasgos del original habían sido a menudo reproducidos con una mirada irritada. Además de éstos

había varios estudios de desnudo abocetados y dos o tres figuras de formas caprichosas. La más notable (y de una belleza singular) era un pequeño dibujo modelado de un monumento funerario, obviamente se trataba del de Stephen Hudson. El joven soldado yacía durmiendo para la eternidad con la mano en su espada, como un antiguo cruzado en una catedral gótica.

Rowland no se tomó ninguna prisa en hablar; demasiadas cosas dependían de su veredicto.

—¡Pues sí —exclamó finalmente Hudson—, te juro que me parecen muy buenas!

Y, de hecho, a medida que Rowland las observaba se dio cuenta de que eran buenas. Eran juveniles, torpes, ignorantes; a menudo el esfuerzo era más evidente que el resultado. Pero el esfuerzo era notablemente poderoso e inteligente; a Rowland le pareció que fácilmente podría dar en el blanco. Aquí y allá lo había conseguido de manera magistral. Rowland se volvió hacia su compañero, quien permanecía de pie con las manos en los bolsillos y el cabello desordenado, mirándolo con recelo. La luz de la admiración apareció en los ojos de Rowland, y al instante una maravillosa iluminación prendió en las hermosas cejas de Hudson. Al fin, Rowland dijo simplemente:

—Tan sólo tienes que trabajar.

—Creo que sé lo que eso significa —respondió Roderick.

Se volvió, se dejó caer sobre una silla desvencijada y estuvo sentado durante algunos momentos con los codos encima de las rodillas y la cabeza entre las manos.

—Trabajar... ¿trabajar? —dijo finalmente, alzando la mirada— ¡Ah, si tan solo pudiera empezar!

Echó un rápido vistazo por la habitación y sus ojos encontraron en la repisa de la chimenea la vívida fisonomía del señor

Barnaby Striker. Su sonrisa desapareció. Miró fijamente al busto con un aire de concentrada enemistad.

—¡Quiero comenzar —exclamó— y no puedo tener un mejor comienzo que éste! ¡Adiós, señor Barnaby Striker!

Cruzó a zancadas la habitación, agarró un martillo que tenía a mano, y antes de que Rowland pudiera impedirlo, en aras del arte y acaso de la ética, le propinó un golpe despiadado al cráneo del señor Striker. El busto se rompió en una docena de pedazos, que cayeron al suelo con gran estrépito. A Rowland no le gustó la destrucción de la escultura ni el aspecto de su compañero al llevarla a cabo, pero cuando iba a expresar su disgusto se abrió la puerta y una joven entró. Avanzó con pasos rápidos y cara de espanto, como si el ruido la hubiera alarmado. Al ver el montón de arcilla despedazado y el martillo en la mano de Roderick, soltó un grito de horror. Su voz se apagó cuando percibió la desconocida presencia de Rowland, pero murmuró en tono de reproche:

—¿Pero, Roderick, qué has hecho?

Roderick dio un jovial puntapié a los fragmentos informes.

—¡He expulsado a los mercaderes del Templo! —gritó.

Los pedazos conservaban rasgos suficientes para ser reconocibles, y la joven emitió un breve gemido de lástima. No pareció entender la alegoría de Roderick, pero sí entendió que aquello respondía a algún propósito, y que debía de ser algo perverso si se expresaba de una forma tan transgresora, y que Rowland debía de algún modo ser responsable de ello. Lo miró con aguda y franca desconfianza y desapareció por la puerta. La mirada de Rowland la siguió con precipitado interés.

III

Al día siguiente temprano, recibió una visita de su nuevo amigo. Roderick estaba extremadamente alegre, alegría mitigada sin embargo por algo de ira justificada. Había tenido una disputa familiar, pero había conseguido salirse con la suya. Se había sacudido de los zapatos el polvo del bufete del señor Striker.

—Anoche me las tuve con mi madre —dijo—. Me preocupaba mucho la escena, porque se toma las cosas demasiado a la tremenda. No reprende ni estalla de rabia, y no discute o insiste. Se sienta con los ojos inundados de unas lágrimas que nunca derrama, y me mira, cuando la contrario, como si yo fuera un monstruo de depravación. Y el problema es que he nacido para contrariarla. No confía en mí; nunca lo ha hecho y nunca lo hará. No sé qué es lo que he hecho para predisponerla en mi contra, pero desde que tengo memoria me ha mirado con lágrimas en los ojos. El problema es —continuó, retorciéndose el bigote—, que me ha mimado demasiado. Me he pasado toda la vida repantigado al abrigo de mi madre, y mi querida madre, con el tiempo, se ha acostumbrado

a dominarme. ¡Me he dejado humillar! Si no estoy en la cama a las once, envía al cocinero a buscarme con una linterna. Cuando pienso en ello desprecio mi docilidad. Es un destino muy cruel vivir como un santo y pasar por pecador. ¡Me gustaría poderle dar durante seis meses a la señora Hudson la vida que algunos jóvenes dan a sus madres!

—Permíteme creer —dijo Rowland— que no te gustaría nada de eso. Si has sido un buen chico, no lo estropees fingiendo que no te gusta. Has sido muy feliz a pesar de tus virtudes, y hay destinos peores en el mundo que el de ser querido demasiado. No he tenido el gusto de conocer a tu madre, pero apostaría que ahí es donde duele la cosa. Ella te quiere muchísimo, y sus esperanzas, como todas las esperanzas profundas, acaban convirtiéndose en temores. —Rowland, mientras hablaba, tuvo una instintiva visión de cuán amado debía de ser aquel hermoso joven por sus parientes femeninas.

Roderick frunció el ceño, y con un gesto impaciente exclamó:

—¡Para ser justo, ojalá nunca me eche de menos! —luego, y tras un momento de duda, añadió—: Te contaré toda la verdad, tengo que llenar un doble espacio. Tengo que ser mi hermano y a la vez yo mismo. Es mucha exigencia para un hombre, sobre todo cuando tiene tan poco talento como yo para ser lo que no es. Cuando ambos éramos jóvenes, yo era el encanto de pelo rizado. Yo era el que bebía en la taza plateada y el que recibía la ración más grande de tarta, y yo era el que se quedaba dentro de la casa para que me besaran las visitas mientras él hacía pasteles de barro en el jardín. ¡De hecho él valía cien veces más que yo! Cuando lo trajeron a casa desde Vicksburg con un trozo de metralla en el cráneo, mi pobre madre comenzó a pensar que no lo había querido lo suficiente. Cuando frente al féretro se abrazó a mi cuello sollozando, recuerdo que me dijo que debía ser para ella todo lo que él habría

sido. Le hice infinidad de juramentos, pero no los he mantenido todos. He sido muy diferente a Stephen. He sido holgazán, inquieto, egoísta, insatisfecho. Creo que no he hecho ningún mal, pero tampoco he hecho ningún bien. Mi hermano, si viviera, habría ganado cincuenta mil dólares, y habría arreglado el salón. Mi madre, dando vueltas noche y día a su sufrimiento, ha establecido su ideal en pequeñas atenciones de esa clase. Juzgado conforme a este criterio no voy a ninguna parte.

Rowland no sabía qué creer de este relato sobre las circunstancias personales de su amigo; aunque lastimero, le pareció bastante duro.

—Debes crear una obra maestra sin perder más tiempo —respondió—; después, con los ingresos, podrías arreglar la casa entera.

—Eso mismo le he dicho, pero sólo confía a medias en ello. No ve nada bueno en que haga estatuas; le parecen una trampa del enemigo. Ella me vería de buena gana atado a la abogacía de por vida, como una cabra paciendo atada a una estaca. De ese modo me podría controlar. «Es un trabajo más conveniente», eso es todo lo que le puedo sacar. ¡Una condena más conveniente! ¿Es cierto que los artistas en general son hombres tan perversos? Nunca he tenido el placer de conocer a ninguno, así que no podía refutárselo con un ejemplo. En eso me lleva ventaja, porque en otro tiempo conoció a un pintor de retratos en Richmond, que la retrató en una miniatura con mitones de encaje negros (se puede ver sobre la mesa del salón), y que solía beber brandy solo y pegar a su mujer. Le prometí que hiciera lo que le hiciese a mi mujer, nunca golpearía a mi madre, y que si era por el brandy, solo o mezclado, que lo detestaba. Se sentó llorando en silencio durante una hora, durante la cual gasté tesoros enteros de elocuencia. Es bueno hacer acopio de las propias intenciones, y te lo aseguro, mientras defendía mis

motivos me sorprendí gratamente a mí mismo por la nobleza de mi carácter. Al final la besé solemnemente, le dije que ya estaba todo dicho y que debía aceptarlo de la mejor manera posible. Esta mañana ya había secado sus lágrimas, pero te aseguro que aquélla no es una casa alegre. ¡Ojalá salga de allí!

—Siento muchísimo haber provocado tal revuelo —dijo Rowland—. Debo a tu madre una rectificación. ¿Me sería posible verla?

—Si la vieras las cosas se suavizarían mucho, aunque a decir verdad necesitará de toda su valentía para enfrentarse a ti, porque te considera un agente del mismo diablo. No entiende por qué has venido y me has agarrado por las orejas: tu objetivo en la vida es arruinar a jóvenes estudiantes en leyes y dejar desoladas a sus madres amorosas. Dejo a tu discreción cómo responder a estas acusaciones. Mira, lo que ella no puede perdonar, lo que realmente jamás perdonará, es que me lleves a Roma. Roma es una palabra nefasta en el vocabulario de mi madre, algo que sólo se puede pronunciar en susurros, como si dijeras «condenación». Northampton está en el centro de la Cristiandad, y Roma muy lejos en una periferia crepuscular, y penetrar en ella no le puede traer nada bueno a ningún hombre decente. Y yo era hasta ayer un asiduo de aquel lugar dechado de todas las virtudes: ¡el despacho del señor Striker!

—¿Y conoce el señor Striker tu decisión? —preguntó Rowland.

—¡Claro! Debes saber que el abogado Striker no es solamente una persona afable que me permite manosear sus libros de leyes. Es también un amigo especial y un asesor para muchas cosas. Se ocupa de las propiedades de mi madre y amablemente consiente en considerarme una parte de las mismas. Nuestras opiniones nunca han podido ser más opuestas, pero le perdono de corazón sus fervorosos intentos de desatornillarme la cabeza y enroscármela de

otra manera. Nunca me ha entendido, y resultaba inútil tratar de entenderle. Hablamos en idiomas diferentes, estamos hechos de una pasta diferente. Ayer tuve un ataque de rabia cuando destrocé su busto, pensando en toda la mala sangre que ha avivado en mí; eso me sentó bien, y ya todo está olvidado. Ya no lo odio; más bien me da pena. ¡Ya ves cómo me has mejorado! Debo de parecerle caprichoso, tremendamente estúpido, y estoy seguro de que sólo me tolera por el gran aprecio que siente hacia mi madre. Esta mañana he cogido el toro por los cuernos. Agarré un buen paquete de libros de leyes que habían estado acumulando polvo en mi habitación durante el último año y medio, y me presenté en el despacho. «Permítame colocarlos de nuevo en su lugar», dije. «¡Nunca más los volveré a necesitar, nunca más, nunca más, nunca más!» «¿Has aprendido entonces todo lo que contienen? —dijo el gran Striker, mirando maliciosamente por encima de sus gafas—. ¡Más vale tarde que nunca!» «¡No he aprendido nada que usted me pudiera enseñar!», grité. «¡Pero no voy a poner a prueba más su paciencia. Voy a ser escultor. Me voy a Roma. No me despido de usted todavía, le volveré a ver. Pero me despido aquí con entusiasmo de estas cuatro odiosas paredes, de esta tumba en vida! ¡Nunca hasta ahora he sabido cuánto odiaba este lugar! ¡Mis saludos al señor Spooner, y mi agradecimiento por todo lo que no han hecho de mí!»

—Me agrada saber que volverás a ver al señor Striker —contestó Rowland, reprimiendo una primera inclinación a la sonrisa—. Ciertamente le debes una despedida respetuosa, incluso si no te ha entendido. Confieso que me desconciertas bastante. Hay otra persona —añadió en seguida— cuya opinión respecto a tu nueva profesión me gustaría conocer. ¿Qué es lo que piensa la señorita Garland?

Hudson lo miró de forma penetrante, con un ligero rubor. Luego, con una deliberada sonrisa preguntó:

—¿Qué te hace pensar que ella piensa nada en absoluto?

—Pues porque, aunque sólo la vi ayer un momento, me pareció una chica muy inteligente, y estoy seguro de que algo opina.

La sonrisa en el móvil rostro de Roderick se tornó en un ceño fruncido.

—¡Ah, ella piensa lo que yo pienso! —respondió.

Antes de que los dos jóvenes se separaran, Rowland intentó dar forma de la manera más armoniosa posible al futuro de su interlocutor.

—Yo te he lanzado, podría decirse —declaró—, y siento que debo guiarte a buen puerto. Soy mayor que tú y conozco mejor el mundo, y me parece adecuado que viajemos durante un tiempo juntos. Creo necesario llevarte a Roma, hacerte pasear por el Vaticano, y después encerrarte con un montón de barro. Zarpo el 5 de septiembre, ¿puedes prepararlo todo para venir conmigo?

Roderick asintió a todo ello con un aire de cándida confianza en la sabiduría de su amigo, más expresiva que un compromiso formal.

—No tengo nada que preparar —dijo con una sonrisa, alzando los brazos y dejándolos caer, como indicando su situación libre de cualquier estorbo.

—¡Un hombre afortunado! —murmuró Rowland con un suspiro, pensando en la leve carga de su propio organismo, parecida a la indicada por Roderick, y en la pesadez de lo que estaba depositado en su banco, dentro de bolsas y cajas.

Cuando su compañero se marchó, fue en busca de Cecilia. Estaba sentada trabajando junto a una ventana umbrosa, y le dio la bienvenida ofreciéndole una silla baja tapizada de cretona. Se sentó pensativo durante un rato cortando hilos de lana con unas tijeras; esperaba sus críticas y estaba preparando una réplica. Finalmente le habló de la decisión de Roderick y de su propio papel en el asunto.

Cecilia, además de una gran sorpresa, mostró un sutil disgusto por no haberle pedido consejo.

—¿Qué habrías dicho si te lo hubiera pedido? —preguntó.

—Habría dicho en primer lugar: «¡Oh, por favor, no te lleses a la persona que más me divierte de todo Northampton!». En segundo lugar habría dicho: «¡Tonterías. El muchacho está bien aquí. Déjalo tranquilo!».

—Eso en los cinco primeros minutos. ¿Qué habrías dicho después?

—Que para ser una persona por lo general reacia a meterte en la vida de los demás, te habías vuelto de repente bastante entrometido.

El semblante de Rowland se oscureció; frunció el ceño en silencio. Cecilia lo miró de soslayo; la chispa de irritación se desvaneció gradualmente de sus ojos.

—Perdona mi tono desagradable —continuó finalmente—. Pero estoy literalmente desesperada por el hecho de perder a Roderick Hudson. Sus visitas al atardecer, durante el año pasado, me han mantenido viva. Han dado sentido a una vida muy gris, una especie de punta de plata en unos días que parecían hechos de metal barato. No digo que sea un Fénix, pero me gusta verlo. Por supuesto, y de todos modos, el que lo vaya a echar mucho de menos no es razón para que no viaje en busca de su propio destino. ¡Los hombres a trabajar y las mujeres a llorar!

—¡Decididamente no! —dijo Rowland, con mucho énfasis.

Había sospechado desde la primera hora de su estancia que Cecilia tenía una satisfacción privada, y descubrió que la había encontrado en las indolentes visitas de Hudson y en su conversación juvenil. Ahora se preguntaba si, visto juiciosamente, la ganancia de Cecilia en ello no iba a ser una pérdida para su joven amigo. Era

evidente que Cecilia no era juiciosa, y que su buen criterio, habitualmente recto ante las necesidades de la economía doméstica, se permitía un agradable relajamiento en este asunto. A ella le gustaba su joven amigo tal como era; le seguía la corriente, lo adulaba, le reía las gracias, lo acariciaba, todo menos darle consejos. Era un flirteo sin los beneficios del mismo. Ella era demasiado mayor para permitirle enamorarse, lo cual a él podría haberle venido bien; y prefería mantenerlo en su papel de joven, de manera que las tontearías de las que hablaban nunca traspasaran determinada línea. Era bastante comprensible que la pobre Cecilia disfrutara de un pasatiempo, pero si por filantropía uno había abrazado la idea de que algo importante podría hacerse de Roderick, resultaba imposible no ver que su amistad no era lo que podría llamarse una amistad tónica. Así reflexionó Rowland, al calor de un ardor casi creativo. Más tarde llegaría el momento en el que habría agradecido que la receptividad de Hudson hacia la relajante influencia de las hermosas mujeres hubiera quedado limitada a un tributo tan poco costoso como el que le ofreció a la excelente Cecilia.

—Sólo deseo recordarte —continuó ella— que es probable que te mantendrá bien ocupadas las manos.

—He pensado en ello y me gusta bastante la idea, dado que me gusta Roderick. Te dije el otro día, ya lo sabes, que anhelaba tener algo entre mis manos. Cuando pensé por primera vez que podría iniciar a nuestro joven amigo en el camino hacia la gloria, sentí que había tenido una inspiración irrefragable. Luego recordé que había peligros y dificultades, y me pregunté si tenía el derecho a arrastrarlo fuera de su oscuridad. Mi certeza de que realmente tiene un gran talento contestó la pregunta. Ha sido hecho para elaborar las cosas que nosotros estamos hechos para disfrutar. Yo no puedo elaborarlas, pero cuando veo a un joven con genio sin ayuda ni es-

peranza por falta de capital, siento, y no estoy fingiendo humildad, te lo aseguro, que si le ofreciera una oportunidad ello me daría al menos una utilidad que se reflejaría en mi propia vida.

—En nombre del público en general supongo que debo darte las gracias. Pero quiero antes de nada aprovecharme yo misma. ¿Nos garantizas en todo caso, espero, las obras maestras?

—Una obra maestra al año —dijo Rowland, sonriendo— durante el próximo cuarto de siglo.

—Me parece que tenemos derecho a pedir más, a exigirte que nos garantices no sólo el desarrollo del artista sino también la seguridad del hombre.

Rowland se puso serio de nuevo.

—¿Su seguridad?

—Su moral, su seguridad sentimental. Aquí, como has visto, es perfecta. Estamos todos con un pacto tácito para mantenerlo tranquilo. Quizá creas en la necesaria turbulencia del genio, y pretendas imponer a tu protegido la importancia de cultivar sus pasiones.

—Al contrario, creo que un hombre de genio debe respetar sus pasiones tanto como cualquier otro hombre, pero ni un ápice más, y confieso mi profunda convicción de que el artista mejora llevando una vida tranquila. Eso es lo que inculcaré a mi protegido, como tú lo llamas, con el ejemplo además de con el precepto. ¡Evidentemente crees —añadió al momento— que él me dirigirá en el baile!

—No, no vaticino nada. Sólo pienso que las circunstancias influyen mucho en nuestro joven amigo, como lo prueba el hecho de que aunque durante los últimos cinco años ha estado aquí inquieto e irritado, ha conseguido sin embargo sacar el mejor partido de la situación y, en general, le ha resultado fácil vegetar. Transplantado a Roma, imagino que echará algunas flores maravillosas. Me gustaría

muchísimo ver el cambio. Debes escribirme contándomelo todo paso a paso. Espero de todo corazón que los frutos no desmerezcan de las hojas. No pienses que soy un pájaro de mal agüero; recuerda tan solo que deberás rendir cuentas detalladas.

—Un hombre debería dar lo mejor de sí mismo y recibir ayuda si lo necesita —respondió Rowland tras una larga pausa—. Por supuesto cuando un cuerpo comienza a crecer, existe la posibilidad de que estalle; sin embargo, apruebo cierta tensión vital. Es lo que se espera de un hombre. Y por ello creo en la esencial salubridad del genio, del verdadero genio.

—Muy bien —dijo Cecilia, con un aire de resignación que por un momento hizo a Rowland parecer deseoso de culpabilizarse—. ¡Beberemos entonces en la cena de esta noche a la salud de nuestro amigo!

Teniendo en el fondo mucho de lo que convencer a la señora Hudson sobre la pureza de sus intenciones, Rowland la esperó aquella tarde. Le hicieron pasar a un gran salón, que a la luz de un par de velas le pareció escasamente amueblado y muy esporádicamente utilizado. Las ventanas estaban abiertas al aire de la noche estival, y un círculo de tres personas dejó temporalmente de hablar intimidado por su aparición. Una de ellas era la señora Hudson, sentada frente a una de las ventanas, con las manos vacías, salvo por el pañuelo de bolsillo en su regazo, que sostenía con aire de estar familiarizada con sus usos más tristes. Cercano a ella, en el sofá, medio sentado, medio acostado, en la actitud de un visitante sin cuidado por las formas, con una larga pierna sobre la otra y balanceando continuamente un gran pie calzado en una tosca bota, estaba un caballero delgado y de cabello rojizo, que Rowland reconoció como el original del retrato del señor Barnaby Striker. Frente a la mesa, cerca de las velas, ocupada con una considerable labor de costura, se hallaba sentada la joven

a la que había vislumbrado fugazmente en el estudio de Roderick y que sabía era la señorita Garland, la pariente de su amigo. La límpida y penetrante mirada de la joven fue el saludo más elocuente que recibió. La señora Hudson se levantó con un suave y vago sonido de aflicción y permaneció de pie mirándolo encogida y vacilante, como si sólo deseara retirarse a través de la ventana abierta. El señor Striker balanceó su larga pierna de manera algo desafiante. Evidentemente, nadie estaba acostumbrado a escenificar bienvenidas vacías o a decir mentiras por mera cortesía. Rowland se presentó; había venido, podría decirse, por cuestión de negocios.

—Sí —dijo la señora Hudson con voz trémula—; lo sé, mi hijo me lo ha contado. Supongo que lo mejor es que yo hable con usted. ¿Le gustaría sentarse?

Rowland se aprestó a acceder a esta invitación y, volviéndose, asió la primera silla que encontró a mano.

—Ésa no —dijo una voz grave.

En seguida percibió que una espesa madeja de hilo de seda había sido suspendida y enredada en el respaldo, para ser luego enrollada en carretes. Se sintió algo irritado por la brusquedad del aviso, viniendo como lo hacía de una joven cuyo rostro él había juzgado interesante y hacia quien era consciente que el germen del inevitable deseo le despertaría un receptivo interés. Pensó entonces que decir algo alegremente cortés rompería el hielo.

—¡Oh, debería permitir que me siente —respondió—, y tener el placer de sostener yo mismo la madeja!

Por toda respuesta a esta salida recibió una expresión de indisimulada sorpresa de la señorita Garland, quien dirigió entonces hacia la señora Hudson una fugaz mirada que claramente decía: «Ya ves que es exactamente el extraño malintencionado que nos temíamos». La señora sin embargo estaba sentada con la mirada fija en el suelo y

las manos firmemente apretadas. En relación con la señora Hudson, Rowland sentía mucha más compasión que resentimiento; su actitud no era frialdad, era una especie de temor, casi de terror. Era una mujer pequeña y nerviosa, de rostro pálido y preocupado, lo que le hacía aparentar más edad. Después de mirarla durante algunos minutos Rowland vio que era todavía joven y que debió de haberse casado siendo aún casi una niña. Había debido ser una novia hermosa también, aunque con probabilidad debió de parecer terriblemente asustada frente al altar. Sus formas eran muy delicadas, y Roderick había heredado claramente su delgadez y elegancia. No llevaba toca, y su rubio cabello, de una delicadeza extraordinaria, estaba alisado y recogido con puritana precisión. Era de lo más tímida y evidentemente muy modesta; resultaba extraño ver a una mujer a quien la experiencia vital le había aportado tan escasa seguridad. En seguida comenzó a gustarle a Rowland, que sentía impaciencia por persuadirla de que no pretendía nada malo. Imaginó que sería fácil de convencer y que un tono benévolo de conversación probablemente le haría pasar con suavidad de la desconfianza a una opresiva y extrema confianza. Pero tenía la inefable sensación de que la persona que estaba poniendo a prueba sus agudos y jóvenes ojos a la tenue luz de las velas estaba menos predispuesta a ser seducida que a abandonar sus misteriosos prejuicios femeninos. La señorita Garland, según el criterio de Cecilia, que Rowland recordaba, no tenía un semblante capaz de inspirar a un escultor; pero a Rowland le pareció que su rostro bien podría inspirar a un hombre cuya relación con la belleza fuera la de un principiante. No era hermosa, según los cánones habituales, pero cuando se la observaba, por alguna razón uno no conseguía aplicarle dichos cánones, porque ya había pasado de juzgar contornos a buscar significados. En la cara de Mary Garland había muchos significados posibles, y daba mucho que pensar el que no

fuera, como en el rostro de Roderick Hudson, por ejemplo, una cara rápida y móvil, en la que la expresión parpadeara como una vela al viento. Los significados se sucedían uno a otro con lentitud, claramente, con sinceridad, y casi podía gustar que, mientras iban y venían, le provocaran a uno una especie de dolor. Era alta y delgada, y tenía un aire de fuerza y decisión virginales. Su frente era ancha y las cejas oscuras, un poco más espesas que en las bellezas clásicas; sus ojos grises eran claros pero no brillantes, y los rasgos eran airosamente irregulares. Su boca permitía que su sonrisa, que era el principal atractivo de su fisonomía, se desplegara con magnífica amplitud. Rowland, de hecho, no había visto todavía esa sonrisa en funcionamiento; pero algo le aseguraba que su rígida gravedad tenía una radiante contrapartida. Vestía un vestido blanco ligero y tenía un vago aire rústico y provinciano; parecía una aldeana distinguida. Era evidentemente una chica de gran entereza, aunque carecía de ductilidad. Estaba cosiendo el dobladillo de un paño de cocina con la ayuda de un gran dedal de acero. Finalmente posó de nuevo sus serios ojos en la tarea y dejó que Rowland se explicara.

—Me he convertido en tan poco tiempo en un íntimo de su hijo —dijo finalmente, dirigiéndose a la señora Hudson—, que me ha parecido que sería correcto conocerla.

—Muy correcto —murmuró la pobre señora, y tras un momento de duda estuvo a punto de añadir algo más, pero entonces el señor Striker se interpuso, no sin antes aclararse la garganta:

—¡Me gustaría tomarme la libertad de hacerle una sencilla pregunta! ¿Cuán largo es el período de tiempo en el que usted ha conocido a nuestro joven amigo? —y continuó dando patadas al aire, pero con la cabeza hacia atrás y los ojos fijos en la pared opuesta, como si quisiera evitarles el espectáculo de la inevitable confusión de Rowland.

—Muy poco tiempo, lo confieso. Apenas tres días.

—¿Y aun así se considera íntimo, eh? He estado viendo al señor Roderick diariamente estos tres años, y con todo fue sólo esta mañana cuando sentí que finalmente tenía derecho a decir que lo conocía. Tuvimos una conversación durante unos momentos en mi despacho, que me aportó los eslabones que faltaban para completarlo todo. ¡Por lo cual ahora me atrevo a decir que conozco al señor Roderick! ¡Así que espere tres años, señor, como yo! —y el señor Striker rió, con la boca cerrada y un inaudible temblor en toda su larga persona.

La señora Hudson sonrió confusa, de modo incierto; la señorita Garland mantuvo la vista fija en sus puntadas. Pero a Rowland le pareció que enrojecía un poco.

—Claro, en tres años, por supuesto —dijo Rowland—, nos conoceremos mejor. Antes de que transcurran muchos años, señora —siguió—, espero que el mundo lo conozca. ¡Espero que sea un gran hombre!

La señora Hudson creyó al principio que esto no era sino una insidiosa manera de aumentar su angustia añadiéndole ironía. Luego, y tranquilizada poco a poco por la sincera sonrisa de Rowland, le dirigió una mirada entregada y un temeroso «¿De verdad?».

Pero antes de que Rowland pudiera responder, el señor Striker intervino de nuevo.

—¿He comprendido por entero sus palabras? —preguntó—. ¿Nuestro joven amigo se va a convertir en *un gran hombre*?

—Un gran artista, espero —dijo Rowland.

—Éste es un nuevo e interesante punto de vista —dijo el señor Striker, investido de una calma judicial—. Albergábamos esperanzas para el señor Roderick, pero confieso que, si he entendido

bien, éstas quedaban lejos de la grandeza. No deberíamos haber tomado la responsabilidad de reivindicarlas por él. ¿Qué dicen, señoras? Todos aquí —su madre, la señorita Garland y yo mismo—, sentimos como si sus méritos estuvieran más bien en la línea de la... —y el señor Striker ondeó su mano en una serie de fantásticas florituras en el aire— ¡...de la luz ornamental!

El señor Striker guardaba rencor a su recalcitrante pupilo; aun así trataba evidentemente de ser justo y de respetar las susceptibilidades de sus conocidas. Sin embargo, no estaba versado en los misteriosos procesos de la mentalidad femenina. Diez minutos antes había una armonía general de opiniones pesimistas; pero al escuchar las limitaciones de Roderick expresadas de una manera tan clara delante de un extraño, las dos señoras protestaron calladamente. La señora Hudson emitió un suspiro breve y débil, y la señorita Garland levantó la vista en dirección a su defensor y le dedicó una breve y fría mirada.

—Me temo, señora Hudson —prosiguió Rowland, eludiendo el debate sobre la posible grandeza de Roderick—, que de ningún modo me agradece que haya despertado la ambición de su hijo hacia unos objetivos que lo arrastran tan lejos de casa. Sospecho que me he convertido en su enemigo.

La señora Hudson se tapó confusa la boca con las yemas de sus dedos y pareció dolorosamente dividida entre el deseo de confesar la verdad y el temor a ser descortés.

—Mi prima no es enemiga de nadie —declaró enseguida con suavidad la señorita Garland, pero con la misma y elegante determinación que había hecho que Rowland soltara la silla.

—¿Le deja ella ese papel a usted? —se atrevió a preguntar Rowland con una sonrisa.

—No nos inspiran más que los sentimientos cristianos —dijo

el señor Striker—; a la señorita Garland quizá más que a nadie. La señorita Garland, —y el señor Striker ondeó su mano como realizando una introducción que había sido lamentablemente olvidada—, es hija de un pastor de la Iglesia, nieta de un pastor, hermana de un pastor.

Rowland inclinó la cabeza con deferencia, y la joven continuó con su costura, sin muestra alguna de embarazo u orgullo ante el enunciado de estos hechos. El señor Striker continuó:

—La señora Hudson, por lo que veo, está demasiado preocupada para hablar con usted libremente. Ella me permitirá hacerle a usted algunas preguntas. ¿Sería tan amable de informarla con la mayor precisión posible qué es exactamente lo que se propone hacer con su hijo?

La pobre señora fijó una suplicante mirada en el rostro de Rowland y pareció decir que el señor Striker había pronunciado sus propios deseos, aunque ella los habría expresado de forma menos desafiante. Sin embargo, Rowland vio en los arrugados ojos azul claro del señor Striker, astutos y afables a la vez, que no tenía intención alguna de desafiar, y que simplemente era pomposo, vanidoso y sarcásticamente compasivo hacia cualquier opinión que considerara a Roderick Hudson desde una óptica seria.

—¿Hacer, mi querida señora? —preguntó Rowland—. No pretendo hacer nada. Él es quien debe hacer. Yo simplemente le ofrezco una oportunidad. Él debe estudiar y trabajar, y espero que mucho.

—No demasiado por favor —murmuró suplicante la señora Hudson, dejando atrás sus recientes visiones de un peligroso ocio—. Él no es muy fuerte, y temo que el ambiente en Europa sea muy relajado.

—¡Ah, estudiar! —repitió el señor Striker—. ¿A qué línea de

estudio va a dirigir su atención? —Entonces y de repente, con un impulso de desinteresada curiosidad propia, añadió—: ¿Cómo se estudia escultura, por cierto?

—Observando los modelos e imitándolos.

—¿Los modelos, eh? ¿A qué clase de modelos se refiere?

—A los antiguos en primer lugar.

—Ah, los antiguos —repitió el señor Striker con entonación jocosa—. ¿Lo oye, señora? Roderick se va a Europa para aprender a imitar a los antiguos.

—Supongo que está bien —dijo la señora Hudson, retorciéndose con una especie de delicada angustia.

—Un antiguo, tal como yo lo entiendo —continuó el abogado—, es una imagen de una deidad pagana, con bastante mugre pegada a ella, y sin brazos ni nariz ni ropa. ¡Ciertamente un modelo admirable!

—Es una descripción excelente de muchas de ellas —dijo Rowland, riéndose.

—¡Por favor! ¿De verdad? —preguntó la señora Hudson, tomando prestado coraje a su cortesía.

—Pero los estudios de un escultor, según usted da a entender, no se limitan a los antiguos —continuó el señor Striker—. Después de haber estado observando durante tres o cuatro años los objetos que describo...

—Estudia modelos vivos —dijo Rowland.

—¿Le lleva tres o cuatro años? —preguntó implorando la señora Hudson.

—Eso depende de las aptitudes del artista. Después de veinte años, un artista de verdad continúa estudiando.

—¡Oh, mi pobre chico! —gimió la señora Hudson, juzgando la perspectiva, bajo cualquier luz, todavía terrible.

—Ahora el estudio de los modelos vivos —prosiguió el señor Striker—. Explíquelo brevemente a la señora Hudson.

—¡Oh Dios, no! —gritó la señora Hudson, encogiéndose.

—Ésa también es una de las razones de estudiar en Roma. Es una raza hermosa, ya sabe, y encuentra uno a gentes muy bien construidas.

—Supongo que no mejor construidas que un buen yanqui —objetó el señor Striker, cruzando sus interminables piernas—. ¡Nos hizo el mismo Dios!

—Seguro —suspiró la señora Hudson, pero con una mirada interrogativa hacia su visitante que demostraba que había comenzado a conceder mucho peso a su opinión. Rowland se apresuró a mostrar su acuerdo con el comentario del señor Striker.

La señorita Garland levantó la mirada, y tras un momento de duda preguntó:

—¿Son muy hermosas las mujeres romanas?

Rowland también dudó en la respuesta. Miraba directamente a la joven.

—En conjunto prefiero las nuestras —dijo.

Había depositado su labor en el regazo; sus manos estaban cruzadas sobre la misma, la cabeza echada un poco hacia atrás. Evidentemente había esperado una respuesta más impersonal, y no estaba satisfecha. Por un instante pareció inclinada a emitir una réplica, pero lentamente retomó su labor en silencio, y dio puntadas de nuevo.

Rowland tuvo por segunda vez la sensación de que ella lo consideraba una persona desagradablemente sofisticada. Observó también que el paño de cocina que estaba cosiendo era muy basto. Con todo, su respuesta continuaba resonándole dentro, y se la repetía a sí mismo: «Sí, en conjunto prefiero las nuestras».

—¿Bien, esos modelos —continuó el señor Striker—, usted los coloca en una postura, supongo?

—Una postura, exactamente.

—¿Y entonces se sienta y los observa?

—No debe uno sentarse durante mucho tiempo. Debe ir a por la arcilla e intentar construir algo que se le parezca.

—Bien, ahí está su modelo en una postura a un lado, usted en otra postura, supongo que al otro lado, y su montón de arcilla en medio, construyendo, como usted dice. Así se pasa la mañana. Después de ello espero que salga y dé un paseo para reponerse del esfuerzo.

—Indudablemente. Pero para un escultor que ame su trabajo no existe el tiempo perdido. Todo lo que ve le enseña o sugiere algo.

—Es una doctrina tentadora para jóvenes con predilección por pasarse las horas sentados sin pasar página, viendo volar las moscas o derretirse la escarcha de las ventanas. ¡De esa manera nuestro joven amigo debe de haber acumulado toneladas enteras de información que nunca sospeché!

—Es muy posible —dijo Rowland con una sonrisa sin ofenderse— que él demuestre ser algún día un artista completo gracias a algunas de sus ociosas ensoñaciones.

Esta teoría pareció ser muy del agrado de la señora Hudson, quien nunca antes había escuchado una defensa de su hijo expresada con un optimismo tan ingenioso, y que se encontraba a disgusto en la singular situación de aparentar que apoyaba contra su propia carne y sangre a un abogado cuyo tono de conversación denotaba su hábito de interrogar.

—¿Mi hijo entonces —se aventuró a preguntar—, mi hijo tiene grandes, lo que usted llamaría grandes facultades?

—A mi juicio muy grandes facultades.

La pobre señora Hudson de hecho sonrió, amplia, alegremente, y miró a la señorita Garland como invitándola a hacer lo mismo. Pero el rostro de la joven permaneció tan serio como el cielo al este cuando la puesta del sol en el extremo opuesto es demasiado débil para hacerlo brillar.

—¿Lo sabe con certeza? —preguntó la joven, mirando a Rowland—.

—Uno no puede *saber* en un asunto así salvo tras una prueba, y la prueba lleva su tiempo. Pero uno puede creer.

—¿Y usted cree?

—Creo.

Pero ni siquiera entonces la señorita Garland no concedió una sonrisa; su rostro se volvió más serio que nunca.

—Bueno, bueno —dijo la señora Hudson—, debemos esperar que todo esto sea para bien.

El señor Striker miró por un momento a su vieja amiga con aspecto algo disgustado; vio que aquello no era sino una astuto remedo femenino de resignación y que, a través de algún proceso de transición imposible de rastrear, ella encontraba ahora más alivio en las opiniones de aquel forastero tan dado a los sofismas que en sus propios y duros dogmas. Se levantó, sin estirarse el chaleco, pero con una sonrisa fruncida ante la volubilidad de las mujeres.

—Bueno, caballero, las facultades de Roderick no significan nada para mí —dijo—, no, ni tampoco el uso que les dé. Bueno o malo, no es hijo mío. Pero como amigo estoy contento de escuchar un relato tan elogioso sobre él. Estoy contento, señora, de que esté tan satisfecha con las perspectivas. ¡El afecto, caballero, ya ve que debe tener sus garantías!

Hizo una pausa durante un momento, acariciando su barba, con la cabeza inclinada y un ojo medio cerrado, mirando a Rowland. La apariencia era grotesca, aunque significativa, y más que divertirlo a Rowland lo dejó perplejo.

—Supongo que es usted un joven muy brillante —continuó—, muy ilustrado, muy culto, bastante solvente en lo referente a las bellas artes y todo ese tipo de cosas. Yo soy sólo una persona práctica, contento de ejercer una profesión honorable en un país libre. No me fui hasta el Viejo Mundo para aprender mi oficio; nadie me llevó de la mano. Tuve que engrasar las ruedas yo solo y, tal cual soy, soy un hombre que se ha hecho a sí mismo, ¡cada pulgada de mí! Bueno, si nuestro joven amigo está destinado a ser rico y famoso, supongo que su viaje a Roma no lo detendrá. Pero le advierto que tampoco le ayudará demasiado. Si ha resuelto encargarse de llevar esto adelante, hay un par de cosas que debería recordar. Lo que cosechamos depende de las semillas que hemos sembrado. Él puede ser el mayor genio de su época, pero sus patatas no crecerán si no se ocupa de escardar las malas hierbas. Si se toma las cosas de una manera tan soberanamente relajada —bueno, de la misma manera que uno o dos jóvenes geniales que he tenido a mi cuidado—, su obra nunca llegará a ninguna parte. Confíe en lo que le dice un hombre que se ha forjado su camino paso a paso, y que no cree en que un día nos levantemos y encontremos el trabajo hecho porque nos hemos tumbado durante toda la noche soñándolo; ¡todo lo que merece la pena es endiabladamente duro de conseguir! Si su joven caballero encuentra que las cosas son fáciles, las disfruta y dice gustar de la vida, es una señal de que, como suelo decir, debería pasarse por el despacho y echar un vistazo a los libros. Eso es todo lo que deseo comentar. No se lo tome a mal. Espero que se lo pasen en grande.

Rowland respondió honestamente que todo ello parecía cargado de lógica, y ofreció al señor Striker un amistoso apretón de manos mientras este último se marchaba. Pero el punto de vista bastante pesimista del señor Striker proyectó una sombra momentánea sobre las damas, y la señora Hudson pareció considerar que necesitaban de algún pequeño pacto amistoso para no sentirse tan intimidadas.

Rowland permaneció sentado durante un rato más, en parte porque deseaba complacer a las dos mujeres, y en parte porque él mismo se encontraba extrañamente complacido. Había algo conmovedor en sus temores poco mundanos y en sus tímidas esperanzas, algo casi terrible en la manera en que la pobre señora Hudson parecía agitarse y temblar con una intensa pasión maternal. Tímidamente ella propuso un tema de conversación tras otro, e hizo a Rowland varias preguntas sobre él mismo, su edad, su familia, su ocupación, sus gustos y sus opiniones religiosas. Rowland tuvo finalmente el extraño sentimiento de que ella había comenzado a juzgarlo como alguien ejemplar y que, más tarde, podría hacer algún descubrimiento perturbador. Trató por ello de inventar algo que la preparara para aceptar sus fallos. Pero no pudo imaginar nada. Tan sólo se le ocurrió que la señorita Garland secretamente desconfiaba de él y que debía dejar que ella, después de marcharse, le hiciera objeto de una pequeña y concienzuda crítica despectiva. La señora Hudson hablaba en voz baja y con ilusión sobre su hijo.

—Es realmente encantador, señor, se lo aseguro. Cuando lo llegue a conocer le parecerá realmente encantador. Está un poco consentido, por supuesto, siempre ha hecho conmigo lo que ha querido; pero es un buen chico, estoy segura de que es un buen chico. Y todo el mundo piensa que es muy guapo: estoy segura de que llamaría la atención en cualquier parte. ¿No cree usted que es

muy guapo, señor? Es la viva imagen de su pobre padre. Tuve otro hijo, quizá ya se lo han comentado. Le mataron —y la pobre señora sonrió con entereza, por temor a empeorar la cosa—. Era un muchacho estupendo, pero muy diferente de Roderick. Roderick es un poco raro; nunca ha sido un muchacho fácil. A veces me siento como la oca, ¿no era una oca, cariño? —y sorprendida por la audacia de su comparación recurrió a la señorita Garland—. La oca o la gallina que incubó un huevo de cisne. Nunca he sido capaz de darle lo que necesita. Siempre he pensado que en mejores, en mucho mejores circunstancias él podría haber encontrado su lugar y haber sido feliz. Pero al mismo tiempo me atemorizaba lo que el mundo pudiera hacerle; un mundo tan peligroso y atroz, tan contradictorio. No es extraño que conozca tan poco sobre el mismo. Nunca sospeché, lo confieso, que albergara a personas tan generosas como usted.

Rowland replicó que ella evidentemente había hecho escasa justicia al mundo.

—No —objetó la señorita Garland tras una pausa—, es algo como un cuento de hadas.

—¿El qué, pues?

—Su llegada aquí, un completo desconocido, tan rico y cortés, y que sube a mi primo en una nube dorada.

Si se trataba de una broma, la señorita Garland consiguió lo que se proponía, porque Rowland casi cayó en ella, meditando en silencio si había alguna ironía en la clara mirada de la joven. Antes de retirarse, la señora Hudson hizo que Rowland le repitiera otra vez que el talento de Roderick era extraordinario. La había inspirado con una tenaz y acariciante fe en su sabiduría.

—¿De verdad hará grandes cosas? —preguntó—. ¿Las más grandes?

—No veo ninguna razón intrínseca para que no las haga.

—Bueno, pensaremos en ello sentadas aquí a solas —respondió—. Mary y yo nos sentaremos aquí y hablaremos sobre ello. Así que renuncio a él —continuó, mientras él se marchaba—. Estoy segura de que usted será su mejor amigo; pero si alguna vez lo olvida o se cansa de él, si perdiera su interés en él y se viera en algún riesgo o problema, por favor señor, recuerde... —e hizo una pausa, con voz trémula.

—¿Recuerde, mi querida señora?

—Que él es todo lo que tengo, que él lo es todo, y que sería muy terrible...

—En tanto pueda ayudarle, él triunfará —fue todo lo que Rowland pudo decir.

Se volvió hacia la señorita Garland para desearle buenas noches, y ella se levantó y le extendió su mano. Era muy franca, pero él pudo ver que si era demasiado modesta para ser atrevida, era claramente demasiado simple para ser tímida.

—¿No tiene ningún mandato que darme? —preguntó él, por decir algo.

Ella lo miró un momento y entonces, aunque no era tímida, se ruborizó.

—Haga que dé lo mejor de sí —dijo.

Rowland notó la suave intensidad con la que fueron pronunciadas las palabras.

—¿Le tiene mucho aprecio? —preguntó él.

—Por descontado.

—Entonces si no da lo mejor de sí por usted, no lo hará por mí.

Ella se dio la vuelta otra vez ruborizada y Rowland se marchó.

Caminó de vuelta a casa, pensando en muchas cosas. Los grandes olmos de Northampton se entrelazaban muy arriba en la oscuridad, pero la luna había salido y a través de huecos dispersos colgaba lámparas de plata de la oscura bóveda. Algo le pareció a Rowland tremendamente serio en la escena que acababa de vivir. Se había reído y hablado y justificado en defensa propia; pero cuando pensó que, en realidad, se estaba entrometiendo en la sencilla quietud de aquel pequeño hogar de Nueva Inglaterra, y que se había aventurado a perturbar tanta seguridad vital en aras de una lejana y futura hipótesis, se detuvo, sorprendido de su temeridad. Era cierto, como Cecilia había dicho, que para un hombre poco aficionado a entrometerse aquélla era una situación singular. Se despertó en su mente un extraño sentimiento de irritación hacia Roderick por haber tomado posesión de su mente de una manera tan perentoria. Mientras miraba arriba y abajo de la larga avenida, y veía las nítidas casas blancas que brillaban aquí y allá bajo una quebrada luz lunar, casi podría haber creído que la suerte más grande para cualquier hombre sería pasar la mayor parte de su vida en algún lugar tan tranquilo como aquél. Aquí estaban la amabilidad, el confort, la seguridad, la voz de advertencia del deber, la perfecta ausencia de la tentación. Y mientras Rowland miraba a lo largo del arco de sombras plateadas y más allá hacia el claro aire de la noche americana, que le pareció por alguna razón tan doblemente amplia, extraña y nocturna, sintió ganas de proclamar que aquí también había belleza, y belleza suficiente para que un artista no muriera de inanición. Permaneció allí de pie perdido en la oscuridad, y oyó al poco un rápido ruido de pasos al otro lado de la calle, acompañado de un silbido fuerte y alegre, y al momento una figura emergió en un claro de luz de luna. No tuvo dificultad para reconocer a Hudson, que probablemente volvía de visitar a Cecilia. Roderick se detuvo

de repente y miró fijamente a la luna, con su rostro intensamente iluminado. Se puso a cantar el trocito de una canción:

*«¡El esplendor sobre los castillos cae!
¡Sobre nevadas cumbres del pasado cae!».*

Y con un gran retumbo musical de su voz se fue cantando de nuevo en la oscuridad, como si sus pensamientos le hubieran prestado alas. Soñaba en la inspiración de tierras lejanas, de castillos entre riscos y paisajes históricos. Qué lastima, después de todo, pensó Rowland mientras continuaba su camino, que no hubiera tenido nada de aquello.